

por partido posible de las circunstancias. No tendrán ningún otro recurso.

Esto lo saben los demócratas. Lo sabe todo el mundo. Nadie lo sabe tan bien como el Presidente mismo.

“Así, una impresión de la política presidencial demócrata tiene que resolverse en una interrogación acerca de cuál será la intención del Presidente; lo cual es una indagación inútil, pues nadie lo sabe sino el Presidente . . . si es que lo sabe él mismo.”

El hecho es que hasta que la situación presente se arregle, hasta que la paz se haga, hasta que se sepa lo que hay que hacer, los demócratas no pueden averiguar de qué lado les llevan ni quién será el guía. Su situación, sus resoluciones futuras dependen de las resoluciones del Presidente y esto no pueden remediarlo no importa lo mucho que les mortifique a un grupo de ellos. De este modo sus candidatos son de la más tímida e irresoluta clase de candidatos: hombres con ambiciones, pero sin facultades ambulatorias.

“No pueden correr hasta llegar a ninguna parte mientras el Presidente no se retire de la vía. Si él se queda en la vía, no hay carrera posible.”

Exactamente inversa es la situación de los republicanos, según Mr. Blythe. En lugar de una dirección fuerte e inexorable, ellos no tienen quien les dirija. La dirección de los demócratas está en un solo hombre. La de los republicanos está hecha de figuras políticas que no tienen otra función que la de prosélitos, la del que sigue a otro. Y esta indeterminación, este cúmulo de confusiones, es lo que le da un carácter tan cómico al embrollo actual. Sin embargo, hay un punto en que la situación parece bien definida, y es el siguiente: mientras los demócratas parece que han adoptado el firme criterio de que los Estados Unidos están situados y comprendidos dentro de los muros de la Casa Blanca, los republicanos están tratando siempre de dar a entender que los límites geográficos del país se extienden un poquito más allá de Pennsylvania Avenue, 1600, Northwest, Washington.

“Se necesita para ser oportunista afortunado, ser al mismo tiempo lo que se llama una persona viva, bien despierta. Esta cualidad exige un sentido muy agudo de lo que está sucediendo y una previsión razonable de lo que va a suceder. Ahora bien; los demócratas no se llevarían

el premio como previsores, pero por lo menos poseen la ventaja de estar guiados por un hombre que puede ver tan lejos en lo futuro como ningún otro que sepamos. Esto les da la ventaja de que la misma perplejidad de su actitud actual, les ha de dar cierta flexibilidad de acción tan pronto como sepan lo que el Presidente piensa hacer, de la cual ventaja carecen los republicanos. Y carecen de esta ventaja, porque los hombres que ahora asumen la dirección del partido republicano no tienen el menor sentido de lo que está por venir. El único modo que ellos tienen de mirar es hacia atrás, y la única cosa buena para ellos es aquella que ha sido hecha ya, no la que puede hacerse. Esto parece absurdo y lo es, pero también es verdad. La casi increíble verdad de la actual situación republicana es ésta: que si la Vieja Guardia puede salirse con la suya—y es posible que pueda—la próxima campaña republicana no les dará sino una atención colateral a los nuevos aspectos nacionales que la guerra ha puesto al descubierto, y pondrá todo su nervio en los viejos asuntos políticos. Los viejos asuntos de los viejos días en que ser conservador era lo mismo que ser hueco, en que el proteccionismo era la santa palabra, en que la tarifa era cosa sagrada, en que al hombre que se manifestaba radical se le registraba en seguida como anarquista. La Vieja Guardia tiene la idea de ignorar la guerra tanto como sea posible y de ignorar también las nuevas condiciones traídas por la guerra. Todo esto es música celestial para ellos. Lo que ellos anhelan es un retorno a los tranquilos tiempos en que todo el que se entretenía con idealismos era un vagabundo y todo el que no se entusiasmaba con las cosas de valor contantes y sonante un perdido.

Declara al llegar aquí Mr. Blythe que él no espera que le crean fácilmente, porque todo lo que él relata es inconcebible, pero que tiene la seguridad de que los más incrédulos se irán convenciendo con sólo fijarse en las maniobras de los hombres que ahora dirigen el partido republicano. No hay más que examinar—según él—la clase de partidarios que se les adhieren, analizar lo que dicen y anuncian, ver lo que hacen en el Senado y la Cámara, y la conclusión será fácil. Y agrega el escritor:

“¿Pero hay nada más gracioso? He aquí un grupo de solemnes políticos a la antigua, invitando a otros solemnes políticos a la antigua a presentarse candidatos para presidente en la forma solemne de la moda antigua; creyendo que pueden ignorar lo que ha ocurrido en este país y lo que va a ocurrir y adoptando en serio un plan de campaña sin referencia a ninguna condición futura que pueda surgir; arreglando el porvenir por sí mismos—en cuanto a las cuestiones políticas se refiere—y pasando por alto todo cuanto ha sucedido durante los cuatro años y medio que acaban de pasar, con excepción de lo que pueda servir de materia para denuncias a sus adversarios políticos. Realmente alguien debiera componer una opereta acerca de esto. Lo curioso, lo inexplicable de todo, es que no se les haya ocurrido a ninguno de los manipuladores de que vengo hablando la idea de que para dentro de un año podemos hallarnos en circunstancias enteramente imprevistas ahora; que todas las probabilidades están indicando día tras día nuevos y desusados rumbos; en suma, que no existe en los Estados Unidos en este momento un solo hombre que pueda conjeturar lo que será de las condiciones políticas, económicas, psicológicas o sociológicas en este país para dentro de un año. Y siendo esto así, todas las preparaciones, planes y maniobras de estos políticos de ahora, valen tanto como la adivinación del tiempo sobre la base de un hueso de ganso.”

¿Pero qué clase de candidato aceptará el pueblo en la primavera de 1920?—se pregunta el articulista. Y afirma, en seguida, que nadie lo sabe, que todo depende de lo que pueda ocurrir de ahora a 1920. Lo único que se puede asegurar con toda certeza, dice Mr. Blythe, es que el pueblo se podrá traer de buen grado cualquier candidato, menos uno de la Vieja Guardia. Cuanto a lo que esta Vieja Guardia de los republicanos piensa acerca de los candidatos, lo primero que salta a la vista del que los estudia de cerca es que la guerra y sus consecuencias sólo le preocupa por el lado “de si habrá hecho una impresión suficientemente honda en los sentimientos y los sufragios del pueblo para hacer preciso un candidato militar.” Ellos se acuerdan, en su actual indecisión, de Grant y Hayes, de Garfield y Harrison y McKin-

ley, quienes entraron en política por la vía militar. Pero arguyen “que la guerra que produjo a estos hombres fué una guerra doméstica, peleada en casa, y por lo tanto, tenía más marcadas reacciones e influencias, mientras que esta guerra tuvo lugar a tres mil millas de distancia y tuvo como base entre nosotros un incentivo más bien abstracto que concreto.”

Candidatos militares

De esta clase de candidatos, asegura Mr. Blythe que tienen suficiente material de las dos marcas de fábrica más acreditadas. Tienen un héroe de la guerra: Pershing; y tienen un mártir de la guerra: Wood. (Aquí el traductor hace la advertencia de que Mr. Wood ha sido, en opinión de muchos de sus paisanos, postergado injustamente en sus derechos a la jefatura del ejército americano en Europa.)

“Posiblemente existen otros soldados que son o pueden ser aprovechables. Hasta la fecha no ha habido una sola emergencia política o militar en nuestro país que no haya sido afrontada valerosamente por algún héroe que peleó para que el país se salvase; y no hay razón para suponer que si el empleo de presidente queda vacante, con peligro del país, no haya muchos que se ofrezcan, para llenar el hueco, de entre aquellos que lucharon para salvar el mundo para la democracia... o para cualesquiera otra cosa”.

El Coronel Roosevelt

Aquí el articulista hace mención de la creencia general que había en los Estados Unidos de que Roosevelt tenía decidido el presentarse candidato en 1920. Mr. Blythe asegura haber oído de buena fuente que Roosevelt había designado ya hasta su director de la campaña electoral. Y no hay duda de que, fuera o no verdad lo anterior,

“la Vieja Guardia republicana abrigaba los más benévulos sentimientos hacia la candidatura del Coronel; no porque quisiera nombrarlo, sino porque no quería. La Vieja Guardia pensaba que dejando al Coronel en libertad de presentarse candidato, lo podrían derrotar con más facilidad que oponiéndose a su candidatura durante los meses preliminares.”

Candidatos políticos

Dejando aparte las candidaturas de militares, los candidatos son tan numerosos que, en opinión de Mr. Blythe, justifica la sospecha de que los caballeros de la Vieja Guardia están practicando con algún éxito la conocida estratagema de multiplicar los candidatos para dividir las alianzas. En el catecismo de la política clásica, ya se sabe que la regla número uno es así: "En caso de que los líderes no hayan logrado llegar a un acuerdo en cuanto a la persona del nominado, el método más práctico de procedimiento es el alentar muchas candidaturas. Esto divide las fuerzas y no le permite a ningún candidato en particular alcanzar una preponderancia que podría resultar molesta en el momento de la convención; en caso de que el candidato de mayor fuerza no fuese del gusto de los líderes."

Y esto es lo que la Vieja Guardia está probablemente haciendo; pues de otro modo no habría explicación para la muchedumbre de nombres presidenciales que se amontonan todos los días en los escaparates de la Vieja Guardia. Haciendo sólo mención de los más prominentes, he aquí como los va presentando el articulista:

"Nos enteramos de que los amigos del Hermano William H. Taft, único ex-Presidente que vive en la actualidad señalan con gran orgu-

pero con tan mala fortuna que encajó tan lejos del Capitolio que ha tardado seis años en volver al Senado."

También tenemos al Hermano Hiram W. Johnson, Senador por California, que se desvela con la cuestión del ejército americano en Rusia, y es, después de todo, el más sensata y consecuente radical de la partida."

Otras posibilidades

Entre otras posibilidades, el escritor menciona en primer lugar al Hermano William E. Borah, Senador por Idaho, de quien dice que mantiene maravillosamente el equilibrio entre los elementos opuestos en toda ocasión, excepto cuando encuentra necesario denunciar a cualquiera de sus colegas "por razones constitucionales". Luego vienen otros nombres menos conocidos, como Alberto B. Cummins, Senador por Iowa, Frank B. Kellogg, Senador por Minesotta, y James W. Wadsworth Jr., Senador por New York, que tomó parte muy principal en contra de la campaña de las mujeres para conquistar el sufragio. De Charles S. Whitman, antiguo Gobernador de New York, dice que, dada la derrota que sufrió recientemente cuando corrió para Gobernador, es seguro que esperará a que maduren más las uvas. Asegura Mr. Blythe que si la Vieja Guar-

sabéis aplaudir, preparáos. Me refiero al Hermano Henry P. Davison, Presidente del Consejo de Guerra de la Cruz Roja. Este General tiene permiso para usar su uniforme en Europa, lo cual no tiene nada que ver con el hecho de que ha estado mucho en Europa durante estos últimos días. El General Davison es, en sus momentos no oficiales, miembro de la Casa de Morgan. Y por virtud de sus servicios a la humanidad, ha conquistado el Gran Cordón de la Legión de Honor en Francia, el gran "este o lo otro" en Italia y el gran algo más en Inglaterra; y sus amigos creen que, puesto que en los Estados Unidos no usamos todavía grandes cordones para nuestros ciudadanos prominentes, lo menos que podemos hacer por él es nombrarlo Presidente de estos Estados Unidos. Y desde el punto de vista de la Vieja Guardia, las relaciones del Hermano Davison—en el sentido comercial—nadie las mejora."

Candidatos demócratas

Luego pasa el articulista al campo demócrata, y empieza afirmando que hay ya varios demócratas eminentes que aspiran a ir a Francia, ahora que los precedentes están todos rotos, a cenar con el rey Jorge y a saborear otros ratos parecidos, siempre que les caiga en suerte la Presidencia de los Estados Unidos, con respecto a la cual están en la anómala situación—sigue hablando Blythe—del famoso animal willopus-wallapus, que no podía vivir en el agua, ni en la tierra tampoco.

"Ellos desean ser candidatos; en realidad lo son, pero no saben si son candidatos o no. Preparados están, elegantemente preparados, con los hombros cuadrados para recibir el manto; pero al mismo tiempo sufren de la angustia de que el manto no llegue a desprenderse de los hombros de la figura majestuosa que ahora lo lleva. Y hasta que no descubran cuál es la intención del actual propietario del manto, ellos sólo pueden sonreír insinuadamente, preparados a retirarlo todo en cualquier momento y a salir asegurando que todo era broma y que no tenían tal intención . . . etc. Entre tanto, algunos de los hermanos demócratas hacen gestos muy significativos. Y el más notorio de ellos es el de' Hermano McAdoo, que hace poco se

retiró de la dirección de aquella parte de nuestra pequeña sección del universo no manejada desde la Casa Blanca. Estoy en libertad de decir que el Hermano McAdoo no me ha dicho personalmente que él sea un candidato, pero todo el resto de mis paisanos lo dice."

"Se concederá que él—McAdoo— aumentó los salarios de los empleados de ferrocarril y que él también mantuvo al frente del formidable negociado de las rentas internas a Dan Roper, considerado como el más diestro manipulador político de los Estados Unidos. Se concederá que el Hermano McAdoo ciertamente hizo una gran impresión en el público cuando alzó los salarios de hay más gentes ofendidas por el aumento de los precios de transporte y hay ms gentes ofendidas por el aumento de estos precios que las ayudadas por el aumento en la paga . . . y la guerra se acabó ya. Además, parece que el público americano considera que el hombre que estableció aquellas comidas inverosímiles en los comedores de los ferrocarriles del país, tiene que ser mucho hombre para atreverse ahora a presentarse como candidato a la Presidencia de los Estados Unidos. ¿Qué persona que comió, o trató de comer, aquellas comidas dará su voto por McAdoo? Nadie!"

De McAdoo salta nuestro articulista al Hermano Baker, actual Secretario de la Guerra,

"a quien el Presidente, según se dice por todas partes, le pasa la mano por la cabeza más a menudo que a nadie. Aunque pueda ser cierto que el Hermano Baker ha tenido gran éxito en ocultar sus méritos a los ojos del público, esto es de menor importancia en el plan general. Lo único que demuestra es una recomendable concentración de esfuerzos de parte del Hermano Baker. Un Secretario de la Guerra menos listo hubiera podido caer en la tentación de conquistarse la buena opinión del país en general, mostrando de cuando en cuando sus excelencias como hombre de gobierno. Pero el Hermano Baker no ha sido tan rudo y tan demagógico como todo eso. Pronto descubrió el verdadero punto de contacto y a este punto de contacto se dedicó asiduamente

te, con el resultado de que, aunque el público no le admire, el hombre que le dió el empleo parece muy satisfecho de él. Y después de todo, ¿qué otra cosa necesita un candidato para la nominación demócrata a la Presidencia?"

Pero, de parte de Ohio, que es el Estado de donde procede Mr. Baker, parece que no todo favorece a éste, "pues hay en pie una propaganda muy fuerte a favor del actual Gobernador James M. Cox." Con relación a esto, dice Mr. Blythe que es posible que se esgrima contra el Hermano Cox el argumento de que él nunca ha estado en tan íntima comunión con la Casa Blanca como los Hermanos McAdoo y Baker, pero agrega que este mismo argumento puede que se esgrima en su favor, porque en política nadie sabe nada.

De los otros siete miembros de Gabinete, hay cinco por lo menos que, según el articulista, suspiran por la Presidencia. Los únicos dos que están fuera de toda tentación son Mr. Lane y Mr. Wilson, que no nacieron en los Estados Unidos, pero en cuanto a los Hermanos Daniels (Secretario de Marina) y Burleson (Secretario del Interior), nadie se atrevería a negar que esperan la alentadora palmadita en el hombro de parte del jefe."

También habla el autor de A. Mitchel Palmer, que desempeña la plaza de Attorney General, de quien dice que en punto a pulcritud personal nadie se lo gana. Y en último lugar menciona a John Skelton Williams, Jefe de la Contaduría Nacional, y aquí volvamos a cederle la palabra:

"El Hermano Williams ha establecido hace poco el principio de que es un crimen de lesa majestad de parte de cualquiera persona, y especialmente de un corresponsal de periódico, el insinuar que el Hermano Williams no es la persona mejor dotada de todas para desempeñar su cargo actual; y no sería difícil que el Hermano Williams extendiera este principio de manera que incluyese todas las otras posiciones a su alcance."

"Una guerra mundial desarrolla siempre nuevos aspectos de expresión en una democracia, o en un Demócrata. Realmente, la antigua idea que teníamos, de que un hombre público está sujeto a comentario y a la crítica en cuanto a sus actos públicos, parece absurda y hasta arcaica ahora. Esto no lo hubiéramos aprendido nunca si no hu-

biéramos llegado a ser una potencia mundial. Hubiéramos podido seguir, por los años de los años, pensando que todos los hombres fueron creados libres e iguales y nunca hubiéramos experimentado las ventajas que vienen del desarrollo e incremento de una casta directora, inmune a toda crítica, mediante el principio nuevo de que decir que no es impecable es prestarle ayuda al enemigo. Fue necesario toda una guerra mundial para enseñarnos eso... una guerra mundial y una bandada de empleados en Washington."

Concluye su artículo Mr. Blythe asegurando de nuevo que los demócratas están inmovilizados y seguirán estándolo hasta que no sepan lo que piensa hacer el Presidente. Tanto en lo que afecta a los candidatos como en todo lo demás, el partido demócrata hará lo que Wilson le diga que haga. Este es el resumen que hace Blythe de toda la política actual del partido demócrata, agregando que

"es muy posible que los republicanos estuvieran mucho mejor si tuviesen alguien, alguna voz potente, que les dijese lo que tienen que hacer. Tal como están hoy, el partido demócrata es un individuo y el partido republicano es una multitud. ¿Pero no hay por ahí quien aproveche tan preciosos elementos para una opereta?..."

Independencia para los Filipinos

Otra de las cuestiones que los Estados Unidos tendrán que resolver en breve es la de la Independencia de las Islas Filipinas. La llegada en estos días a Washington de una comisión de cuarenta filipinos que viene a solicitar formalmente la independencia de su país, es un acontecimiento político cuya importancia en estos momentos es fácil de apreciar.

La comisión fue recibida por el Secretario de la Guerra Mr. Baker quien, después de leerles la carta-mensaje del Presidente Wilson, en la que el gran americano se muestra simpatizador de los deseos filipinos, manifestó por su cuenta que él creía "que había llegado sustancialmente el momento, si es que no ha llegado del todo, en que pueda permitirse a los filipinos la ruptura de los pocos lazos políticos que los unen todavía a los Estados Unidos." "Yo confío", dijo Baker, "que el día está muy próximo." El mismo Gobernador General

de las Islas, Francias Burton Harrison, se ha declarado convencido por experiencia de que los obstáculos para la independencia que parecían existir hace pocos años han desaparecido ya. Mr. Harrison les advierte, sin embargo, a los filipinos, que solamente el Congreso puede concederles lo que desean.

Es de observar, con relación al Congreso, que la mayoría esta vez es republicana y que los que más fuertemente han abogado por la independencia inmediata de las Islas pertenecían en su mayor parte al partido Demócrata.

Cómo acoje la prensa la solicitud de los filipinos

Hay periódicos republicanos, el «Buffalo News», por ejemplo, que se han puesto del lado de Filipinas, declarando “que se han hecho dignos de la independencia y que los americanos, con muy pocas excepciones, apoyarán su deseo;” en cambio periódicos demócratas como el «Baltimore Sun» manifiestan “que no ven la razón por la que los filipinos hayan de romper sus vínculos con los Estados Unidos”, agregando “que si lo hacen lo habrán de lamentar después.” Otro periódico republicano, el «Springfield Republican», nos recuerda “que el pueblo americano tiene empeñada su buena fe en favor de la independencia de las Filipinas.”

Muchos periódicos predican que la solicitud de los filipinos les será concedida sobre la base misma que se le concedió la independencia a Cuba, reteniendo los Estados Unidos el poder de controlar las relaciones extranjeras de las Islas. En todo caso, leemos en el «Minneapolis Tribune». “los filipinos deben estar seguros del terreno que pisan, porque no se puede dudar que el progreso social, político y mercantil de las Filipinas en los últimos veinte años—un progreso que enorgullecería a cualquier pueblo—ha sido en gran parte debido al hecho de que los fuertes brazos protectores de los Estados Unidos han podido vislumbrarse siempre muy cerca.”

No faltan, sin embargo, ataques furibundos a la idea. El «Evening Mail», de Indiana, alega “que existen dos razones poderosas en contra del proyecto de la independencia, a saber: la seguridad de que las Filipinas serían tragadas inmediatamente, como lo fue Formosa, como lo fue Corea, como lo fue una parte considerable de la Manchuria.”

“y si esto no ocurriese, es seguro que volverían a caer en la bar-

barie, exterminándose los unos a los otros. No podemos abandonar en manera alguna nuestras nuevas fronteras en el lejano Pacífico.”

“Podemos estar tranquilos, sin embargo, en la seguridad de que los demócratas seguirán hablando de la independencia filipina durante los veinte años próximos. Pero el partido demócrata se desahogará en palabras. Al fin y a la postre, todo se irá en discursos, y las Filipinas seguirán siendo nuestra extrema frontera oriental.”

Otro periódico importante, el «New York Tribune» opina que

“desde 1916 los filipinos han venido gozando de una gran dosis de gobierno propio. La prosperidad ha retornado a las Islas y éstas se han mantenido políticamente tranquilas. El lazo que las unía a los Estados Unidos no ha sido perjudicial ni para ellos ni para nosotros. ¿Qué razón existe, pues, para la recrudescencia de la agitación independentista en Filipinas? Las Conferencias de la Paz han establecido un sistema de control de mandatarios sobre los pueblos que todavía no están suficientemente preparados para ser soberanos. A los Estados Unidos se las ha pedido actuar como mandatarios en el nuevo Estado de Armenia. ¿Puede nadie alegar que los filipinos han ido más lejos que los armenios en el camino hacia la propia determinación? Sin embargo, según Mr. Baker y Mr. Wilson, los Estados Unidos deben dejar a los filipinos libres en el momento mismo en que están contribuyendo a establecer un gobierno de tutoría para Armenia.”

“Si los filipinos recibieran su carta de soberanía, ¿por cuánto tiempo podrían mantener orden interno y una posición estable en la familia de las naciones? ¿Podría admitirseles en términos de igualdad en la Sociedad de Naciones? Si la nueva república Filipina no marchara bien y cayera en las garras de la revolución, la Sociedad de Naciones tendría otro pupilo en sus manos y naturalmente querría depositarlo otra vez en el umbral de nuestra casa. Entonces tendríamos que empezar de nuevo nuestra obra de instrucción y preparación, habiéndose perdido totalmente los fru-

tos de veinte años de educación americana.”

La nota predominante en la prensa impugnadora del proyecto es el temor de que las Islas sean presa del Japón, si bien no falta como argumento adicional el de la carencia de preparación de los filipinos. Véase a este respecto lo que dice un periódico republicano de West Virginia, “Intelligencer”:

“Hay muchas razones para dudar de que los filipinos estén preparados para el gobierno propio. Un número relativamente pequeño de elementos de las razas superiores residentes en la Isla de Luzón ha demostrado capacidad para un gobierno de orden, pero este elemento está en una franca minoría y en algunas partes de las Islas prevalecen las condiciones de antes cercanas a la barbarie. Hemos invitado al capital extranjero y americano al fomento de las Filipinas. Muchos americanos han ido allí a instalar sus hogares. Y no podemos abandonar estas gentes, o sus intereses, a merced de lo que pueda ocurrir. Por estas razones sería mejor ir muy poco a poco en esto del programa independentista de las Filipinas.”

Los filipinos, sin embargo, tienen en Washington un paladín de sus aspiraciones, de cuyo talento y energía no hay que temer amilanamientos. Nos referimos al señor Manuel L. Quezon, cuyas dotes de estadista experto son bien conocidas en los círculos diplomáticos de Washington. Quezon ha hecho una brillante contra-ofensiva en los periódicos principales, atacando victoriosamente los principales argumentos que se han esgrimido contra la aspiración del pueblo filipino. En una reciente entrevista con el “New York Tribune”, ha dicho:

“Los japoneses difieren de nosotros en religión, raza y tendencias políticas. Además, ellos no tienen intención de colonizar en los climas tropicales. Estoy seguro de que los filipinos no tienen razón ninguna para abrigar desconfianzas en este sentido. La población japonesa de las Filipinas es más pequeña de lo que generalmente se cree. En una población total de diez millones de almas, los japoneses no llegan a siete mil.”

Y en el “New York Times”, se ha expresado así:

“Yo creo sinceramente que el viejo partido militarista que había en el Japón ha sido derrotado para siempre. He hablado con muchos ja-

poneses de todas clases sobre éste y otros asuntos y encuentro que ellos piensan lo mismo que yo acerca de ello. Por supuesto, quedan los líderes de la nueva organización militarista y éstos pueden amenazar y hacer mucho ruido, pero su poder está destruído totalmente. La guerra ha abierto los ojos a los japoneses con respecto a los Estados Unidos. El gobierno japonés no creía que los Estados Unidos querrían o podían pelear; pero la rapidez con que los Estados Unidos organizaron sus fuerzas, la unanimidad del sentimiento en América a favor de la guerra y la fuerza del golpe que los Estados Unidos descargaron sobre Alemania por la libertad del mundo, sorprendió a los estadistas japoneses.”

“Además, con la caída del partido militarista, toda la nación japonesa sólo piensa en la expansión comercial.”

Pero la respuesta verdadera al temor de que el Japón se introduzca en Filipinas a la salida de los Estados Unidos, la encuentran otros periódicos en la Liga de Naciones. En el «Pittsburg Dispatch», por ejemplo, se sostiene “que toda vez que la Liga de Naciones se ha establecido para proteger la independencia de todos los pueblos, de los pequeños lo mismo que de los grandes, las Filipinas quedarían garantizadas contra el peligro de conquistas. Y este pensamiento fué el que seguramente estaba en el ánimo del presidente Wilson cuando, en su carta a la comisión filipina, se expresó así:

“No es la menos importante de las tareas de las Conferencias que solicitan mi atención ahora, la de trazar una senda menos peligrosa para los pueblos débiles del mundo; tarea ésta que debe ser, y lo es indudablemente, de constante y profundo interés para el pueblo filipino.”

Otros periódicos, como el «Newark News», admiten la fuerza de la aspiración filipina a su independencia, pero creen que esta última debe posponerse hasta tanto que la Liga de Naciones sea un hecho.

En el «Charlotte Observer», del partido demócrata, encontramos la declaración de que los filipinos son un gran pueblo que merece gozar de su independencia plena. Y en el «Brooklyn Citizen», también demócrata, se afirma que, si los filipinos no desean la tutoría y protección de los americanos,

“nosotros no tenemos nada que

ganar forzándoles a aceptarnos en tal carácter. Tampoco debemos traer a la presente cuestión lo del resultado que pueda tener la independencia de ese pueblo. Pudiera ser, ciertamente, que la separación de los Estados Unidos resultara un perjuicio para las Islas, pero puesto que el pueblo está, sin duda alguna, ansioso de ser puesto en posesión de su soberanía, no nos queda otro recurso consecuente con nuestros principios que darles la oportunidad de hacer el ensayo."

En el memorial dirigido por el señor Quezon al gobierno de los Estados Unidos, declara este ilustre filipino:

"La independencia es el gran ideal nacional de las Filipinas, y nosotros creemos que éste es el momento de iniciar una acción favorable y decisiva, undándonos en la franca y uniforme política de América de retirar su soberanía sobre las Islas y reconocer nuestra independencia tan pronto como un gobierno estable se haya establecido. Ya tenemos un gobierno estable, y os debéis a vosotros mismos, y nos debéis a nosotros, y le debéis a la humanidad entera, el cumplimiento de esta solemne promesa.

Finalmente, el señor Quezon ha hecho público en la prensa americana "que todas las instituciones americanas establecidas en las Filipinas quedarían gozando de los mismos respetos y garantías después de obtenida la independencia de las Islas". Y con respecto a los puntos concretos en que la comisión filipina basaría su alegato ante el Congreso, manifestó que eran dos las razones principales que ellos invocarían. La primera

"consiste en que la Ley Jones prometió a nuestras Islas libertad absoluta cuando constituyéramos un gobierno permanente. De que tenemos ahora tal gobierno no hay nadie que pueda dudarle de buena fe. La segunda es que este momento, cuando a los jugo-slavos y a otros pueblos subyugados se les ha reconocido, y cuando los derechos de las pequeñas naciones y los pueblos débiles son prohibidos por América, nos parece el más propicio para conceder la independencia a aquellas Islas que durante muchos años vienen prácticamente gobernándose a sí mismas."

"Los Estados Unidos no han creí-

do necesario asumir directamente el gobierno de las Islas, con la sola excepción del ramo de las relaciones internacionales. El gobierno americano ha sido generoso durante todo el tiempo que lleva en posesión del país. Pero aún bajo una forma tan generosa de gobierno, es natural que el pueblo desee todavía regir su propia nación y administrar sus propios asuntos. Esta es una cuestión de soberanía y de propia determinación, como se la llama ahora, y aunque es un asunto de sentimiento no hay nada más real en el fondo."

Cambios en la Constitución del Uruguay que causan general sorpresa

Uruguay, la avanzada república Sur-Americana, cuya espléndida cultura es un espectáculo tan grato para todos los hispanoparlantes, acaba de poner en vigor tan imprevistas y radicales reformas a su constitución política, que en todas partes han producido estupor. Nadie soñaba que una república de Sur América tuviese la audacia de lanzarse por nuevos caminos políticos sin atenerse a los precedentes sentados por las grandes naciones. Son precisamente estas grandes naciones las que hoy muestran interesarse más en el estudio de la nueva maquinaria de gobierno que desde el 10. de Marzo comenzó a funcionar en Uruguay. Por si acaso no han llegado aún a los demás pueblos de América otras noticias de las reformas uruguayas que las homeopáticas del cable, doy a continuación las indispensables para formar juicio acerca de un asunto que ha dado tanto que hablar a la prensa europea y norte-americana.

En primer lugar, esta nueva constitución limita las facultades del presidente de la República de un modo no conocido hasta hoy en ninguno de los más avanzados países del mundo. Otra de las peculiaridades de la reforma es que divide el poder ejecutivo de la República en dos ramas, una de las cuales es el Presidente y otra la Comisión Nacional de Administración. Esta Comisión está compuesta de nueve miembros, electos por sufragio popular, para un término de seis años. Una tercera parte de los miembros de la Comisión es electa cada dos años, lo mismo que en el Senado de los Estados Unidos. Y a semejanza del sistema inglés, se le asegura representación a los elementos de la minoría por el recurso de la pluralidad de

voros. Según la vieja Constitución, el Presidente era electo por el Congreso. Según la nueva, se le elige directamente por el voto popular.

Los poderes de la Comisión son todos de carácter administrativo, especialmente los relativos a la Instrucción Pública, Fomento, Trabajo, Industrias, Instituciones Bancarias, Servicio Sanitario y Beneficencia. La Comisión tiene que rendirle cuentas al Congreso y redactar y someter a este Cuerpo el presupuesto general de cada año.

Todas las facultades legislativas quedan como antes en manos del Congreso, que seguirá componiéndose de dos cámaras como en los Estados Unidos y otras repúblicas.

El Congreso es el que elige a los miembros de la más alta corte de justicia y aprueba y rechaza todos los tratados concertados por el Ejecutivo. De la misma manera que en Inglaterra, los proyectos de ley pueden ser presentados en cualquiera de las cámaras por cualquiera de los miembros del gabinete, quienes tienen la facultad de asistir a las sesiones legislativas y de tomar parte en las deliberaciones. Por el voto de una tercera parte de cada cámara, un miembro del gabinete puede ser citado para responder a las preguntas que se le hagan.

Cuando el Congreso está clausurado, un comité permanente, compuesto de dos senadores y cinco diputados, electos en sus respectivas cámaras, le sustituye y le representa en todos los asuntos que haya que ventilar con el Ejecutivo. Este comité es responsable ante el Congreso y en caso de urgencia puede convocar al Congreso para una sesión ordinaria o extraordinaria.

Otra de las peculiaridades de la nueva constitución es la de que, por el artículo 176 de la misma, se le confiere al Congreso poder para interpretar y explicar la nueva constitución.

Constituye esta medida un paso de avance de alcances extraordinarios. En los mismos Estados Unidos se ha señalado ya la ventaja de conferirse a alguna de las ramas del gobierno este poder de interpretación, que tiende a evitar las dudas, entorpecimientos y litigios de toda suerte emanados de la falta de autoridad para aquilatar en los casos necesarios el sentido verdadero de una cláusula de la constitución. En los Estados Unidos no existe organismo alguno con el poder expreso de explicar la constitución, pues le único que puede hacer la Corte Suprema es el resolver, en el curso de un pleito, si una ley cualquiera constituye o no una violación de la constitución, lo cual, como se ve a primera vista, es muy distinto de lo que se ha establecido en Uruguay.

La constitución uruguaya fue aprobada en Noviembre del año pasado para entrar a regir desde Marzo 10. del corriente. El doctor Baltazar Brun es el primer Presidente electo para actuar dentro del nuevo plan trazado por esta constitución.

Investigación del Senado Americano sobre el bolshevismo

Testigos en pró y en contra

Una curiosa investigación fue la que practicó hace poco una comisión del Senado americano acerca de las interioridades del gobierno bolshevik. Muchos testigos desfilaron en el curso de esta investigación, pero las más importantes declaraciones, a juzgar por los comentarios de la prensa, parece que fueron las de David R. Francis, embajador que fue de los Estados Unidos en Rusia, y las del Coronel Robins, jefe que fue de la sección de la Cruz Roja Americana en aquel país.

El embajador Francis consumió todo un día en su declaración, confirmando todos los detalles esenciales suministrados por otros testigos acerca del terrorismo, pillaje, asesinatos y otras fechorías cometidas bajo el régimen comunista.

Cuando ocurrió la caída de Kerenski, Mr. Francis no quiso mantener relaciones de ninguna clase con el gobierno bolshevista y recomendó siempre que no se le reconociera de manera alguna. Aseguró también Mr. Francis que Lenine era un agente de Alemania y con respecto a las prácticas bolshevistas afirmó que éstas consisten en matar a todo el que use cuello limpio.

La declaración del Coronel Robins

El Coronel Robins dió una declaración tanto o más extensa que la del embajador Francis. Las notas principales que se destacan de ella son contrarias a las categóricas afirmaciones de Mr. Francis, de quien dice que, por no haber querido jamás tratar con los bolshevik, no tuvo ocasión de conocerlos a fondo. Para Robins, la mayor parte de las cosas que se han dicho contra los bolshevik son un tejido de calumnias. La leyenda de que Lenine y Trotzky eran agentes alemanes era, según él, falsa de toda falsedad y a ella se deben los desastrosos errores cometidos por los aliados en sus resoluciones acerca de Rusia. Robins afirma que él no comparte las ideas sustentadas por los bolshevistas, que a él le parece el nuevo régimen un grave mal, pero que condena todos los procedimientos usados hasta la fecha contra el peligro ruso. Según él, no es con violencias, no es por me-

dio de alianzas con los reaccionarios de los otros partidos de Rusia, que se debe afrontar el problema de un modo inteligente, sino oponiendo a las ideas ideas, y no cañones, y a la exasperación de las maltratadas clases proletarias, un sincero y valiente propósito de establecer para ellas un régimen que les garantice la salud y la justicia. Dice haber hablado en distintas ocasiones con Lenine y Trotzky y hace de éstos una descripción que echá por el suelo todo cuanto se ha venido diciendo acerca del tipo moral de ambos. Robins los cree avanzados en extremo, pero honradamente consagrados al servicio de las ideas que profesan. Inculpó a los aliados de haber compartido los prejuicios populares en contra de estos hombres, dando lugar a la desastrosa política en virtud de la cual todo el peso de los aliados cayó precisamente a favor de aquellos elementos del pueblo ruso más adictos al viejo sistema de la autocracia.

Louise Bryant

Esta mujer, prominente sufragista americana, a diferencia de Mr. Robins, no sólo declaró en contra de la propaganda de descrédito que viene circulando contra el nuevo régimen ruso, sino que se manifestó resueltamente partidaria de las ideas representadas por Lenine y Trotzky. Tomándolo de un periódico de los Estados Unidos, reproducimos a continuación parte del interesante interrogatorio hecho por los Senadores a Louise Bryant.

—Senador Nelson: ¿No es verdad que el gobierno de las Soviet está tratando de establecerse por medio de la fuerza?

—Louise Bryant: ¡Oh! sí, todos los gobiernos, incluso el nuestro, hicieron lo mismo.

—Senador Nelson: ¿Y que han usado de la fuerza contra el pueblo ruso que no está de acuerdo con ellos?

—Louise Bryant: Sí; nosotros también hicimos uso de la fuerza contra el rey de Inglaterra y sus ejércitos.

—Senador Nelson: ¿Y por qué no ha de tener el resto del pueblo ruso derecho a su propia opinión?

—Louise Bryant: ¿Por qué no habían de tener nuestros reaccionarios, también, el mismo derecho?

—Senador Nelson: ¿Por qué apelar a la fuerza contra los otros, desarmando a todo el mundo?

—Louise Bryant: Ése es el modo cómo se han hecho todas las revoluciones.

—Senador Nelson: ¿Usted llama a eso libertad?

—Louise Bryant: Es un período transitorio que es siempre necesario al establecer

nuevos gobiernos. Nosotros tuvimos que desarmar a nuestros toris. Hasta tuvimos que fusilar a algunos de ellos.

—Senador Nelson: Usted compara, pues, el pueblo ruso que no está de acuerdo con los bolsheviki con los reaccionarios (toris) americanos?

—Louise Bryant: Yo comparo la clase alta rusa con los toris; sí señor.

—Senador Nelson: Usted es, por consiguiente, partidaria del Terror Rojo? ¿Su misión es la del Terror Rojo?

—Louise Bryant: ¿Mi misión? No le entiendo. Creo sencillamente en la propia determinación. Creo que los rusos deben decidir sus asuntos por sí mismos.

—Senador Nelson: La propia determinación a punta de bayoneta?

—Louise Bryant: Todos los gobiernos tienen que hacer valer su propia determinación a punta de bayoneta.

—Major Hume: Ahora vamos a la cuestión esa de la nacionalización de la mujer.

—Louise Bryant: Sí; al decreto de Vladimir . . . Los cuatro primeros párrafos de ese decreto fueron tomados del decreto original de un club anarquista. El resto se le agregó, como sátira, en la redacción de un periódico jocoso denominado «Mookha», o sea, «La Mosea». Fue publicado en los últimos días del verano de 1918, en Moscow.

—Major Hume: La parte que le agregó el periódico jocoso de Rusia ¿constituía lo que nosotros llamamos en los Estados Unidos materia obscena?

—Louise Bryant: Le explicaré . . .

—Major Hume: Permítame; ¿no es verdad que el respeto a las mujeres y a la moral no era tan alto como usted ha querido dar a entender, cuando cosas de este género se imprimían en los periódicos jocosos de Rusia como un chiste y eran miradas por todo el mundo como chiste?

—Louise Bryant: Esta misma materia se imprimió en Francia. Usted debe saber que los rusos, y los franceses, y los europeos todos, no participaban de nuestras puritanicas y provincianas ideas acerca de lo que debe o no debe imprimirse. Nosotros en América no consentiríamos ni una sola de las publicaciones jocosas ilustradas que circulan en Francia por el correo.

—Major Hume: ¿Entonces, el Código moral de América es mucho más alto que el de los rusos?

—Louise Bryant: Yo no diría que es más alto. Es sólo diferente; no tan flexible.

—Major Hume: ¿Usted cree, pues, que la manera rusa y francesa de imprimir obscenidades es preferible a nuestro código de moral?

—Louise Bryant: Yo no diría que es preferible. Me limito a creer que no me incumben como americana el decirles a los rusos o franceses lo que deben imprimir en sus periódicos.

—Major Hume: ¿Usted cree que somos puritanos cuando desaprobamos esas cosas?

—Louise Bryant: Sí. Siempre he pensado acerca de Rusia que nos estamos metiendo demasiado en sus asuntos.

—Major Hume: ¿Usted aprueba entonces la llamada legislación que ha sido establecida por el gobierno ruso?

—Louise Bryant: Le dije ayer a usted que yo ni apruebo ni desapruuebo; lo único que trato de demostrar aquí es mi punto de vista contrario a la intervención. Yo no creo que América tiene ningún derecho a pretender encargarse de arreglar los asuntos internos de Rusia. Nadie vino a nuestro país durante la guerra civil—ni aún durante la marcha de Scherman, “Desde Atlanta hasta el Mar”—y aquello fue seguramente considerado muy fuerte, muy rudo, por el mundo europeo.

—Major Hume: ¿Entonces usted cree que Rusia debe tener absoluta libertad de determinarse a sí misma?

—Louise Bryant: Ciertamente.

España despierta

Las últimas noticias de España son deliciosamente alarmantes. Sacudidas en Cataluña, sacudidas en ciertas regiones andaluzas sacudidas en el Norte y en el Sur . . . Parece que, por fin, la patulea grotesca de políticos mediocres, rellenos de malicias y huecos de bagaje espiritual para toda interpretación de la vida que requiera un cacumen más fino que el de la sobrina de Don Quijote, va sintiendo que el techo de la casa se le viene encima. Ya era tiempo. Ya olía mal la descomposición de la sufrida España bajo la férula degradante de sus eternos Mauras, Ciervas, García Prietos, Romanones y demás príncipes de la flatulencia oratoria que infló la musa hidróica de Quintana y de Núñez de Arce. ¿A qué dar detalles de estas sacudidas que vienen sucediéndose aquí y allá, si lo único importante no es el cómo ni el cuándo ni el por qué de ellas, si no el hecho mismo de que ocurran y de que ocurran en este momento tan propicio a toda evolución?

Ahora sí que llegó el momento de decir que hay una España nueva. Esa nueva España no estará todavía plasmada en definidas instituciones de gobierno, pero ha nacido ya y está viviendo con vida robusta, no sólo en aspiración y pensamiento, sino en acción. Ahí está Araquistain, ahí está Unamuno, ahí está Mar-

celino Domingo . . . ahí, en el gran semanario “España”, podemos asomarnos al bello espectáculo de la guerra a muerte que ya está librándose entre la brava tropa de los soldados de la vida contra los carcomidos defensores de lo muerto. Durará poco o mucho esta batalla, ¿pero van a ser más fuertes, contra la dinamita del pensamiento moderno, los rancios Mauras y Ciervas, que los Zares y los Káiseres? ¡Paso a la nueva España!

El republicanismo español

Para tener idea del alcance de las nuevas orientaciones a que aludo aquí, reproduzco a continuación, tomándolo de la revista “España”, un brillante párrafo de Araquistain, muy revelador de la actualidad política española:

“Los señores Borbón y Lerroux.—Es posible que el movimiento sindicalista se desvíe de los directores del socialismo español no sólo por socialistas, sino por haberse alejado aún más del sindicalismo al distraerse excesivamente con el problema republicano. El socialismo español, esta es la verdad, se ha republicanizado en vez de haber socializado el republicanismo. Se ha descuidado el problema básico, que es el de abolir la propiedad privada de los instrumentos de producción y cambio, por el problema externo y circunstancial de la forma de gobierno. Si en España se hubiera hecho más socialismo y menos republicanismo, es probable que actualmente tuviésemos república. Por haber hecho demasiado republicanismo, sin fe ni confianza mutua, hay monarquía y escaso socialismo. Y hoy, tal como están las cosas en el mundo y aquí en España, lo mismo da que el señor Borbón (don Alfonso XIII) sea ministro del Presidente de República señor Lerroux, que el señor Lerroux sea ministro de D. Alfonso XIII. Sus discrepancias sobre la forma de gobierno tienen menos importancia que sus coincidencias sobre la cuestión que está en crisis en el mundo entero, la más profunda de todas: la cuestión de si la propiedad debe ser privada o colectiva, y en este caso, sindical o del Estado.

¿República social o república capitalista?—En cuanto al republicanismo, ¿qué piensa sobre el concepto más crítico de estos instantes, cu

el mundo entero, sobre el concepto de la propiedad? La república a que aspira ¿es una república social, socialista o sindicalista? En ese caso huelga la existencia del republicanismo como organización política independiente; lo lógico sería su fusión con el socialismo o el sindicalismo o entre ambos. ¿Es, al contrario, una república burguesa, capitalista, individualista, la que quieren los republicanos? Entonces sus coincidencias con la monarquía actual son mayores que sus diferencias; una concordancia sobre el concepto de la propiedad es más importante que una discrepancia sobre la forma de gobierno, y, por lo tanto, lógicamente, los republicanos de ideología capitalista están más cerca de los llamados partidos del orden que de los partidos obreros de tendencia colectivista o sindicalista.”

La muerte de Zapata

Se ha confirmado la noticia de que por fin ha caído bajo las balas de las huestes de Carranza el romanesco cabecilla mejicano que durante tanto tiempo estuvo acaudillando su legión rebelde en las agrestes campiñas del Estado de Morelos, casi a las mismas puertas de la capital de Méjico. Son innumerables las leyendas a que dió lugar este audaz guerrillero. Su nombre llegó a extenderse tanto y a formar parte tan principal de la historia de Méjico durante los últimos veinte años, que su muerte bien puede considerarse como un acontecimiento internacional de fausta significación para la obra de reorganización del nuevo gobierno de Carranza.

Yo mismo recuerdo haber leído no hace mucho en un magazine americano («The World's Work») el relato de la visita de un periodista a los dominios de Zapata y en este relato se presentaba al cabecilla como una figura de extraordinario relieve, destinada a derrocar a Carranza en muy breve término y a asumir el papel trascendental de regenerador de la patria mejicana. Como el citado artículo me pareció de un mal disimulado rencor contra la personalidad de Carranza, no le dí gran importancia, pero no dejó de impresionarme la pintura de Zapata y de su gente que hacía el artienlista quien, por cierto, terminaba su trabajo asegurando “que le constaba de muy buena tinta que Carranza sólo se sostendría en el poder unas cuantas semanas más.” Este suceso de ahora demuestra el acertado instinto profético del colaborador del «World's

Work», ya que, por lo que él mismo decía, se dejaba ver que no era cosa nada fácil el darle caza en su madriguera al terrible Zapata, señor de vidas y haciendas en el citado Estado de Morelos. Ahora, para que se juzgue de la resonancia que ha tenido el suceso en los Estados Unidos, copio del «World»:

“Tanto desde el punto de vista sentimental como desde el militar, la importancia de la muerte de Emiliano Zapata, caudillo de los rebeldes del Estado de Morelos, para el gobierno de Carranza, no puede exagerarse. El General Pablo González, según despachos oficiales recibidos hoy (Abril 12), dice en su parte oficial: “Como una noticia de la más alta importancia para la consolidación del presente gobierno y para la paz de la República, tengo el honor de informar a usted que el coronel Jesús Huajardo, con las fuerzas a sus órdenes, llegó a Cuautla trayendo el cuerpo de Emiliano Zapata, quien durante largo tiempo había sido el centro de una rebelión en estas regiones y hasta la fecha había logrado evadir todos los esfuerzos empleados en su persecución. En la batalla durante la cual Zapata fue muerto, perdieron también la vida varios de sus principales jefes. El cuerpo de Zapata ha sido debidamente identificado.”

“La muerte de Zapata señala el episodio final de una campaña para poner el país zapatista completamente bajo la férula del gobierno, campaña que emprendió hace varios meses el General González. Ultimamente Zapata, acompañado por un puñado de tropas, se había refugiado en las montañas, desde donde dirigía una fiera lucha defensiva. Aunque se hizo esfuerzos para capturar vivo al jefe rebelde, sus hombres se defendieron tan heroicamente que no pudo dárseles cuartel.

Con la eliminación de Zapata, su causa ha sido definitivamente destruída y la paz prevalece en toda la extensa región de la República contigua a la capital que desde 1910 no había reconocido otra autoridad que la de Zapata. Económicamente, la derrota de los zapatistas es importante, porque significa el rescate para su cultivo de una de las más ricas regiones agrícolas del país.

A causa de las depredaciones de

los zapatistas, será necesario reemplazar las maquinarias destruidas por los rebeldes con varios millones de dólares de maquinaria para la elaboración del azúcar y demás instrumentos agrícolas, y la mayor parte de esto saldrá de los Estados Unidos.

Ninguno de los otros cabecillas mejicanos, sin excluir a Villa y a Félix Díaz, puede ser considerado como amenaza. Aunque Díaz ha estado alzado contra Carranza por más de tres años, no ha logrado adelantar nada y recientemente se le redujo a vivir sobre el país, con unos pocos partidarios, en las cercanías del Estado de Vera Cruz, de donde tuvo que huir acosado por las tropas del gobierno. Cuanto a Villa, la importancia de su campaña se ha debido siempre a su amenaza de alterar las relaciones entre los Estados Unidos y Méjico, debido a la proximidad de su partida a las fronteras del Norte.

Observadores imparciales están de acuerdo en que las condiciones de Méjico han mejorado notablemente durante los últimos meses, tanto en lo comercial como en lo militar. Esta es la impresión recibida por muchos hombres de negocios de los Estados Unidos que han viajado por la República, incluyendo una comisión de comerciantes de la «Mississippi Valley Association», representante de importantes intereses comerciales de toda la zona comprendida entre Chicago y New Orleans, la cual comisión está ahora en la capital.”

Cuba y Mr. Crowder

No es asunto que debe pasar inadvertido para ninguno de nuestros países de América el de la llegada a Cuba de Mr. Crowder, llamado para aportar las luces de su saber y su experiencia en el estudio y reforma de la ley electoral. Por la prensa recién llegada de aquel país, vemos que la Cámara Baja nombró una comisión de su seno para el estudio de las reformas que han de recomendarse a Mr. Crowder. Esta comisión terminó ya sus trabajos y los puso en manos del citado experto americano.

Entre las reformas que propone la comisión hay, según el «Diario de Cuba», una muy buena y otra muy mala. La buena consiste en separar los elecciones municipales de las presidenciales. Y la mala, en darle re-

presentación en las mesas electorales solamente a dos partidos.

Pero oigamos directamente al «Diario de Cuba», que es muy sabroso lo que nos va a decir:

“Celebrando separadamente las elecciones municipales, éstas tendrán una importancia mucho mayor que la que han tenido hasta ahora, pues hasta el presente las elecciones presidenciales han ocupado toda la atención de los partidos. Y el interés de ganar la Presidencia de la República, ha sido causa de que se transigiera con candidatos que de otra manera no hubieran sido aceptados. Cuando las elecciones municipales no tengan nada que ver con las elecciones de Representantes y las Senatoriales y Presidenciales, con toda seguridad que los Alcaldes y Concejales serán puestos que se discutirán entre los elementos mejor preparados en cada pueblo. En elecciones generales, revuelto el río de las naciones políticas, los partidos endiosan a cualquier chaneleta. Antes de las elecciones, todos tenemos cabal conciencia de que Juan de los Palotes, candidato de nuestro partido, es un perfecto sinvergüenza; pero en seguida que sueña en nuestro Club la marcha de circo de caballitos con que se inician las campañas, una corriente de magnetismo nos enciende el rostro, nos pone un discurso en los labios, en las manos un estandarte con el retrato del candidato, y ¡guay! del que nos disenta el patriotismo y la honradez de nuestro Juan de los Palotes. Es por esas y otras razones, de verdadera conveniencia que se celebren separadamente las elecciones municipales.”

“Hay que procurar que los Municipios no sean pesebres de los partidos, sino administradores y guías de los pueblos. La reforma a que nos hemos referido, (por qué llamarle reforma si existe en la Ley Electoral Vigente?) la que sólo concede representación en las mesas a dos agrupaciones, es una enormidad indigna de los tiempos actuales y que pugna con nuestra Constitución, la cual establece que la República no reconoce privilegios.—¿Por qué establecer dos moldes para vaciar en ellos la opinión nacional?—Por qué obligar al pueblo a que sea liberal o conservador?—Los tiempos no están

para moldes. ¡Y qué moldes, Dios encontramos en «La Discusión» de Abril 7,
más de los moldes que quienes...

tuales de Cuba, habrá sido la actitud respectiva de los dos partidos más importantes en que se divide la opinión cubana, el conservador y el liberal. Mr. Crowder, con la perspicacia de su talento y la experiencia que tiene adquirida en los asuntos políticos de nuestra nación, no habrá tenido necesidad de que nadie le señale el contraste para advertir que mientras la eterna lucha de ambiciones entre zayistas y miguelistas tiene dividido, destrozado y desmenzado el liberalismo de Cuba, en cambio, la unidad del partido conservador es tan efectiva como evidente, aunque algunos episodios incidentales, producto de la misma vitalidad del partido, hagan concebir a las plumas adversarias la ilusión de que entre las fuerzas conservadoras ha prendido la indisciplina”.

Ahora, fíjese usted, lector, en este parrufito que copio de la interviú del doctor Cortina, y saque usted mismo la consecuencia:

“En cuanto al problema presidencial, se puede asegurar que existe entre los liberales un firme e inquebrantable propósito de mantenerse unidos. Por esta razón no creo que el problema presidencial que gira en derredor de los nombres del General Gómez y el doctor Alfredo Zayas, pueda producir la división del Partido Liberal. En tal sentido creo que la reunión de la Asamblea Nacional del Partido Liberal resolverá este problema, sin que produzca ninguna crisis entre los liberales.”

Candidato probable de los conservadores hasta ahora es el general Montalvo, apoyado decididamente por un órgano tan adicto al Gobierno como «El Día». La candidatura del General Montalvo fué lanzada en Oriente y no parece que en el campo conservador haya quien le aventaje en popularidad.

Puerto Rico

Una comisión de miembros del Congreso de los Estados Unidos, en la cual figuraban elementos tan influyentes en la política americana como el viejo ex-speaker Cannon y Mr. Kitchin, estuvieron en Abril en Puerto Rico, estudiando sobre el terreno la situación del país y sus problemas políticos y económicos.

Salta a la vista la trascendencia que puede

tener para el porvenir de la Isla visita semejante, que se considera como un triunfo muy señalado de las incansables gestiones parlamentarias del señor Félix Córdova Dávila, representante de Puerto Rico en Washington.

La comisión celebró audiencias en los salones de la Cámara Baja puertorriqueña y a ellas concurrieron todos los caudillos políticos formulando sus respectivas aspiraciones. Los republicanos, representados por uno de sus líderes más conspicuos, el señor Manuel Rossy, reiteraron su deseo de que Puerto Rico sea declarado un Estado de la Unión; los socialistas, por su inteligente caudillo el señor Iglesias, expusieron las necesidades urgentes del país desde un punto de vista económico y cultural, y el partido unionista, el más pujante en la actualidad en la isla, por su presidente el señor Antonio Barceló, formuló sin ambages su deseo ferviente de que se conceda al país completa independencia. Se considera que la oración pronunciada por don Antonio Barceló en la sesión del día 22 de Abril que presidió Mr. Tower, presidente del Comité de Asuntos Insulares, es el más claro y valiente alegato en favor de la Independencia que haya sido hecho hasta hoy en el país.

He aquí cómo resume «El Mundo», diario independiente de San Juan, las impresiones de los congresistas:

“Después de todas las declaraciones de los personajes americanos, podemos deducir que el pensamiento de ellos es, descartar por el momento las soluciones radicales y reconocer el derecho de Puerto Rico a una carta orgánica más amplia, que otorgue derechos que hoy aún no han sido concedidos. Es decir, que el programa del gobierno propio, extensa e intessantemente aplicado bajo la soberanía de los Estados Unidos es lo que entendemos que constituye la condensación del ideal político que los señores congresistas han expresado con aplicación al presente.

Lo que haya, in mente, para el porvenir, no nos es dable averiguarlo.”

ADVERTENCIA.—Como las cosas marchan tan rápidamente en los actuales momentos, forzoso es advertir que ciertas impresiones, muy pocas por suerte, acerca de hombres y sucesos, expuestas en el curso de esta sección, han sufrido notable deterioro en el tiempo transcurrido desde que las consignamos. Por lo demás, todo cuanto en lo sustancial hemos anotado acerca del movimiento político de esta temporada, lejos de rectificación, ha merecido la más cabal ratificación por la corriente de los sucesos posteriores.

El Mensaje de CUASIMODO

JULIO R. BARCOS

CUASIMODO no pondría tan altas sus aspiraciones, acerca del camino a recorrer en Hispano-América, si no contara en su Estado Mayor con paladín tan infatigable y bizarro como Julio R. Barcos. En su calidad de copropietario y redactor, Barcos no ha querido aguardar pacientemente a que el lector suramericano, atraído por el ruido de nuestras sonoras campanas (aquí una tocesita de modestia) nos busque, sino que es él quien se lanza, con CUASIMODO a cuestas, por esos mundos de Dios, dispuesto a probar, a pie o a caballo y en todo sitio y hora, que, según está escrito en no sé que rincón de la Biblia y quizás del Korán, carece de cultura y hasta de vergüenza todo aquel que nos niegue la honra y el provecho de una suscripción.

Por ser Barcos de la casa, parecería mal que le elogiásemos, así que nos concretaremos a decir de él lo estrictamente indispensable para identificarle como representante de nuestra empresa en los países del Sur. Ante todo, conste muy claramente que él no va solamente a llevar nuestro «magazine». El no es hombre para quedarse en eso. El va a hablar, va a llevar en su palabra ardorosa de tribuno el mensaje de CUASIMODO a nuestra juventud. Va a estudiar sobre el terreno de las observaciones personales las cosas y los hombres de esta América joven enyugada por viejos, de esta América paradójica, repleta de ideales y huérfana de idealistas, reventando de rica y eua-

jada de pobres . . . Nadie mejor que él despojado de prejuicios provincialistas, preocupado por los problemas humanos de camino, con visión de sociólogo más que de literato, para este trabajo. Sus ejecutorias? El procedente de las filas del alto profesorado argentino, donde fundó la «Liga Nacional del Magisterio» y la «Sociedad Popular de Educación Racionalista», ha visitado New York, donde, en la Universidad de Columbia, dejó huellas de su paso constituyendo la «Federación de estudiantes de habla española»; pasó luego a Puerto Rico y la culta San Juan, capital de la Isla, le debe a su fervor por las instituciones de progreso el establecimiento de la «Universidad Popular». Y basta ya; basta para tener idea de quien como él no necesita bombos, porque confía plenamente en sí mismo, en la impresión que deja en quienes le tratan o le oyen en sus arengas.

Por nuestra parte, no hay que decir cuánto agradeceremos las consideraciones que en los pueblos hermanos se le dispensen a nuestro embajador.

La juventud suramericana ansiosa de ejercitar sus actividades en nobles empresas del espíritu, debe aprovechar la ocasión y colgarse de la chaqueta a Barcos en todas las ciudades que visite, que nadie como él para darles programas de acción que les ayuden a salir de la infecunda, fastidiosa y trágica poltronería ancestral.



Nuestros Profesores de Idealismo en América

APUNTES PARA UN ENSAYO CRITICO SOBRE LOS VALORES NEGATIVOS Y POSITIVOS DE NUESTRA CULTURA INDOLE-ESPAÑOLA

Las dos carátulas

I

De cómo los suramericanos hemos entregado el gobierno de la sociedad y el cetro de la Literatura a los falsos idealistas

QUIERO robarle a Paul de Saint Victor, para este ensayo, el título de su hermosa obra «Las dos carátulas,» para simbolizar con ellas las dos modalidades espirituales antípodas que son los polos negativo y positivo de nuestra cultura intelectual en Hispano-América. Los individuos de pensamiento tenemos uno de estos dos prismas mentales para mirar los sucesos de la vida y avalorar los actos de nuestros semejantes: la ficción o el análisis, según predomine en nuestro espíritu la facultad lírica que nos aproxima al poeta o la facultad crítica que nos acerca al filósofo. Los unos son los intelectuales que reunen en armonioso maridaje ambas facultades. No hay más que observar un poco el desdén olímpico con que suelen mirarse entre sí el rimador de frases y el contemplador de ideas. Ambos viven en zonas espirituales tan distintas que es como si fueran habitantes de dos planetas diferentes. Hay, por consiguiente, dos clases de hombres en nuestro mundo intelectual: hombres de ficción y hombres de realidades. Son hombres de ficción, todos los que proceden del mundo romántico de nuestra cultura intelectual sur-americana, o sea, todos aquellos individuos que miran las cosas humanas como mero tema de literatura y a la vida sólo la comprenden y la viven en romance, la mejor manera, en mi concepto, de no comprenderla ni vivirla.

Son hombres de realidades, en cambio, los que vienen de un mundo más dinámico, más real, más intenso y dramático que el creado en prosa y verso por la imaginación retórica de nuestros trovadores. Ambos tipos de intelectuales, son propagadores en las colectividades a que pertenecen de dos moralidades

opuestas: la moral estática y la moral dinámica. Los primeros son seres reflejos que recogen automáticamente las ideas hechas; no aportan nada nuevo al capital social acumulado por las anteriores generaciones; ellos reencarnan las creencias que mueren, los ideales pretéritos, es decir, que representan en nuestra raza la herencia mental del coloniaje. Los segundos, son los inconformes con las instituciones, costumbres y moralidades actuales, porque se consideran aptos para llevarlas a un grado mucho más alto de mejoramiento. Ellos encarnan las creencias que nacen; y vienen del teatro inmenso de la vida contemporánea, donde se desarrolla actualmente la más estupenda epopeya de los siglos, que envuelve la transformación social y espiritual del mundo moderno y trae consigo una trasmutación definitiva de valores. He aquí, entonces, el anverso y el reverso de nuestra cultura indo-española con sus cualidades típicas: primero, la herencia social hispánica sirviendo de fundamento moral a nuestras costumbres, creencias y gustos literarios, árbol genealógico de nuestro «romanticismo» endémico; y segundo, el influjo transformador de las conquistas universales que empieza a conmover el suelo donde se asientan esas viejas creencias, rama verde del «realismo intelectual» que inicia el imperio del sentido práctico de la vida y el senaricismo» endémico; y segundo, el influjo América donde, al decir de Alberdi, «de Quijote, Tartufo y loco todos tenemos un poco».

Son estas opuestas tendencias las que procuraré involucrar bajo la síntesis alérgica de «las dos carátulas» en el presente ensayo. La «carátula romántica» es, en resumen, lo atávico español inertado a nuestra perezosa idiosinerasia indígena. Y la «carátula realista» es, por el contrario, la corriente de ideas renovadoras que están reformando a nuestro alrededor, económica y socialmente el mundo y a cuyo avance es es-

túpido pretender oponer diques en estas jóvenes repúblicas sedientas de justicia y ávidas de libertad.

II

Dos Américas españolas

En consecuencia, según el par de gafas con que se mire el espectáculo social hispanoamericano, podemos declarar que hay dos Américas. La que adornan como un telón de boca con los brillantes atavíos de la retórica los literatos, y la que nos pintan con los colores de un realismo crudo los sociólogos y pensadores de nuestra propia raza. La América. La que adornan como un telón de rico y trompetero de Santos Chocano, contrasta, por ejemplo, con «El continente enfermo» de César Zumeta, o «Nuestra América» de Carlos Octavio Bunge, o «South-América» de Agustín Alvarez, o el Continentemente Estúpido, como se ha permitido apellidarnos el señor Pío Baroja. ¿Cuál de estas dos Américas es la verdadera? A quiénes deberemos prestar atención: al cardúmen de apolonidas, panidas y homéridas que en sonoro verso o prosa joyante halagan nuestra vanidad, diciéndonos que somos bonitos aunque andemos sucios y en cueros, o a los hombres de ciencia y de conciencia que nos enseñan a adquirir el sentido de lo ridículo sin el cual es imposible poseer el de lo sublime?

¿Cuáles son los verdaderos heraldos de porvenir de América? Los poetas ignorantes que viven en las nubes, o los pensadores inflamados de humanidad que se codean a diario con las realidades de la vida terrena? Cualquier persona perspicaz que analice un poco, descubrirá enseguida contra la superstición del vulgo, que el romántico no tiene ideales de ninguna clase. El primo hermano del actor teatral que llora en las tablas para atracarse luego en la fonda. Y si no, expurguemos un poquito. ¿Qué cantan los románticos de nuestra América? Cantan, por mero diletantismo, la majestad de nuestra naturaleza salvaje, donde ellos no han llegado nunca porque la selva intrincada y preñada de fieras, pantanos, sabandijas y epidemias terribles, se defiende por sí sola de la invasión civilizadora del hombre; cantan la epopeya de los incas en lucha con los conquistadores, falso amor regresivo por la raza primitiva de América, por cuyo camino, la lógica nos llevaría a la magnificación de los trogloditas; cantan las glorias de la guerra de la independencia en el mismo tono legendario con que cantara Homero la famosa guerra de Troya. Cantan las cosas y los ideales difuntos de ayer, por incapacidad natural para comprender los ideales vivos de hoy. Mien-

tras que los segundos, espoloneados por la preocupación de las cosas humanas que forman el contenido social de América, desgarran el velo de los falsos idealismos y las gloriolas militares tan infladas y monumentalizadas por la garrulería de cuanto grafómano, escultor o pintor mediocre ha producido nuestro fértil suelo, para hablarnos en el lenguaje de la realidad y la veracidad, a fin de mostrarnos nuestras calamidades remediables y nuestras imbecilidades típicas. Ellos nos presentan una América despoblada, desgovernada, semi alfabeta, con suelo rico y pueblos pobres, azotada por las plagas de la naturaleza y envilecida por las tiranías del hombre, desde la teocrática y la militar, hasta la capitalista encargada de exprimir «la carne que suda oro» en nuestros fértiles campos lo mismo que en las fábricas y los talleres. He aquí, verbigracia un ejemplo concreto y corriente de cómo apellida el falso idealista virtud de patriotismo al odioso vicio de la mentira. Las miserias nacionales no se deben dar a la publicidad porque la ropa sucia se debe lavar en casa. No es patriótico desacreditar el país en el exterior. El patriotismo aconseja ocultar nuestras lacras sociales. Así habla el romántico nacionalista desde Buenos Aires hasta México. Para un romántico, el patriotismo es la tapadera del tarro de basura que cada país tiene detrás de la puerta. Veamos cuán diametralmente opuesta es la moral de un intelectual realista. «En verdad—dice Don Agustín Alvarez—que el hecho de denunciar públicamente nuestros vicios y calamidades nacionales, nos desconceptúa un poco en el exterior, pero, ¿qué sería del individuo que por vergüenza de la mugre no se cambiara nunca la camisa?» Cambiarse la camisa quiere decir arrojar al canasto de los trastos en desuso los rutinarios y lugareños métodos de vida que empobrecen, embrutecen y envilecen a nuestras desgraciadas poblaciones criollas, para adoptar los sistemas políticos, económicos, educativos y morales que constituyen el arte de transformar territorios semi-baldíos y cuasi-bárbaros en pueblos ricos, dichosos, cultos y avanzados

III

La carátula romántica o cien años de Literatura enfática

La carátula romántica de nuestra cultura intelectual, abarca casi toda la primer centuria de la independencia americana. Comprende, desde luego, todo o casi todo el parnaso de nuestras veinte repúblicas; toda o casi toda nuestra literatura criolla, empezan-

do en la novela con «María», de Jorge Isaac y «Amalia», de José Mármol y acabando en la prensa, el teatro y la tribuna política; casi toda nuestra educación, empezando con las primeras letras y acabando con el bachillerato o la carrera universitaria, fábricas de «parásitos», «escribas» y «mandarines», respectivamente; todas nuestras costumbres mundanas cifradas en el hábito del lujo sin el hábito del trabajo, en el culto de las apariencias y no en el de la virtud efectiva y todos nuestros conceptos, en fin de la moral social, empezando con la veneración de los difuntos y el respeto de los mayores, concluyendo con la santa institución de la propiedad privada y el código medioeval del honor caballeresco. Es decir, toda la herencia de la España de Felipe II y la España de los Borbones, herencia aumentada, barnizada y corregida por el caudal de ideas y prejuicios afines que trae en su corriente la literatura europea del mismo género romántico y burgués.

IV

Libertadores, poetas y caballeros

Lo curioso, aunque perfectamente lógico, es que nuestros libertadores, que soñaban con deshispanizar a estas nuevas repúblicas al hacerlas libres e independientes, estaban hispanizados, como es natural, en sangre y espíritu, desde los pies a la cabeza. Ellos no hicieron otra cosa con la espada o la palabra que plagiar el gesto y la frase, solemnes teatrales, afidalgados y retóricos, de los personajes épicos de la España caballeresca y conquistadora: el Cid Campeador, Pelayo Gonzalo de Córdoba, etc. Ellos y nuestros mentores intelectuales han plasmado, pues, a su gusto, no sólo los códigos políticos de estas repúblicas, sino que han consolidado, también, las creencias conservadoras de estas sociedades. Y para remachar el clavo, durante cien años los poetas de estas tierras no han sabido cantar otra cosa que las proezas guerreras de aquellos hombres, amengüando los ideales de independencia y exaltando el personajismo de los próceres, los cuales, por obra y gracia del «sprit moutonier» de nuestras clases ilustradas, únicas responsables de la imbecilidad colectiva, se tornaban de libertadores en tiranos. Ellos, los poetas, han fomentado conjuntamente con el espíritu de preeminencia en nuestros hombres públicos, el caudillismo y la gauchoeracia de que aún no han podido redimirse algunas repúblicas. De ahí la penetrante y exacta observación de Agustín Alvarez cuando nos diagnostica que «en los accesos de energía patriótica, el

personajismo galopante, la enfermedad sudamericana por excelencia, invade hasta la juventud escolar, (1) y a las veces la epidemia gana los cuarteles y en un militar de tres en libra engendra un dictador o un gran ciudadano». Y es que un poeta no sueña percibir al primer golpe de vista la diferencia que hay entre un héroe y un bandido. En el mismo tono superlativo en que le hace un himno a Bolívar le escribe una loa a Solano López o a Cipriano Castro. Un ejemplo al caso nos ofrece Rufino Blanco Fombona en estas frases de oropel. «En América suele concurrir la ausencia de personalidad intelectual con una enérgica y asombrosa personalidad política». «Casi nunca el yo, no sólo insumiso, sino imperante, absorbente, expansivo, surgió con semejante brío y magnificencia como en la América caudillesca». Y más adelante, loando a tiranos que están más cerca del antropoide que del hombre, declama: «¡Cuán más cultos y hermosos especímenes humanos de energía algunos de ellos!» Sostiene que Solano López se parece a Simón Bolívar. Pero lo que Fombona reverencia como todo teatral caballero de capa y espada, o lo que es lo mismo, como todo «guapo» de nuestra cepa criolla, es la arrogancia de la fuerza bruta que él sobrepone a la fortaleza de ánimo del varón fuerte. Ningún guapetón es capaz de distinguir que una cosa harto vulgar es el coraje irascible del bárbaro y otra cosa excepcional es la entereza de espíritu del hombre civilizado que se coloca audazmente en el torrente de los acontecimientos, dándose todo él a la causa de una idea. Qué abismo de diferencia entre los caudillos sanguinarios de nuestra raza romántica y un Abraham Lincoln de aquella otra raza realista del Norte. El «gaucho malo», entre nosotros, no se explica más que por nuestra gran cobardía moral colectiva. Somos tan cobardes para acabar con los bandidos que usurpan el poder, como ineptos para acabar con las plagas que hacen inhabitable nuestro suelo. Sólo en tierra de fijos el «guapo» es rey.

La frase de Alberdi, «después de los libertadores, los poetas son los más peligrosos enemigos de la libertad en Sur América» no es, pues, una paradoja literaria. Puesto bien, sepase que durante una centuria estos falsos idealistas encuadrados al estilo romántico han tenido el uso de la palabra, el gobierno de la sociedad y el centro de la Literatura en Hispano América. Ellos encuentran

(1) Sin duda, alude el autor a los grupos de estudiantes que en Buenos Aires se han ofrecido a la policía en diferentes ocasiones para sofocar las huelgas de trabajadores o para salir a la calle a patear gringos y matar anarquistas. «por puro patriotismo.»

por un mundo hecho y su misión ha sido reverenciado servilmente perpetuando los prejuicios y las castas del coloniaje. No podemos negar que gracias a tales elementos educativos, estamos todavía espiritualmente moldeados a imagen y semejanza de nuestra madre España. Hemos cambiado solamente las tapas de nuestras costumbres y creencias, pero en realidad, en el fondo de nuestra psicología, en cada uno de nosotros los hispano americanos hay en embrión un soldado, un monje y un pícaro, remota herencia de los Pizarro, Loyola y Gil Blas que al emigrar hacia estas playas ingertaron, o su sangre o su alma, al tronco aborigen de nuestra América. En efecto, si levantamos un poco el pellejo de nuestra doble personalidad mora, descubrimos que nos apellidamos republicanos y veneramos la monarquía, de la cual hemos excluido al rey, pero conservamos el boato real y el enorme andamiaje burocrático de la época de los virreyes; somos liberales en el club y ultramontanos en el hogar; somos caballeros en las formas, «idealistas» en las palabras y filisteos oportunistas en el fondo durante las 24 horas del día.

¡Qué de altivos caballeros, qué de grandes patriotas pululan en todas estas repúblicas de la hidalga cepa castellana!... Y con todo eso no conseguimos sino por carambola hombres que administren honradamente los negocios públicos, magistrados de la justicia que no prevariquen, hidalgos y caballeros que no trafiquen con su conciencia política, intelectuales muy idealistas que no vendan su pluma por un plato de lentejas o apóstoles muy enfervorecidos que no vendan a Jesucristo por los treinta reales de Judas.

Estamos hartos del camoufflage de las caballerías, porque ya no hay un pícaro en estas tierras que no gaste los arneses del caballero. Hasta Don Quijote en esta América según Alberdi, sin dejar de ser siempre el mismo loco, se ha vuelto un loco pillo y especulador. Nos sobran caballeros altivos y pundonorosos que nos hablan en verso y prosa poética y nos faltan hombres verdaderos, hombres reales, que se muevan en el múltiple y vasto escenario de la vida real y despertan el alma de estos pueblos entumecidos a la verdad desnuda y terrible de sus inmensos problemas vitales. ¡Son tantas las cosas grandes, nobles y fuertes que nos quedan por hacer en América! Se me dirá que nosotros tenemos hombres cultísimos, escritores átticos, poetas eximios y políticos brillantes hasta filósofos, sabios y sociólogos. Los tenemos, sí, como un núcleo luminoso rodeado del inmenso cuerpo opaco que forman nuestras

grandes masas famélicas, descazadas, mugrientas y analfabetas de parias. Y eso es la regla general de América. ¿En qué han influido estas elites intelectuales en la suerte de la comunidad? Como elementos dirigentes de la sociedad, que han hecho por nivelar nuestra cultura con la de los pueblos civilizados?

¿Qué ideales tienen esos refinados hombres de América para la América a medio civilizar? Si el talento es un dón de los dioses, qué uso han hecho nuestros intelectuales de él? En una palabra, con qué dignidad ocupa cada uno de nuestros príncipes del intelecto, su papel en la vida?

Pongamos el oído atento no a la bella frase sonora y hueca que gobierna el mundo de los tontos y de los ignorantes, sino a las ideas substanciales, a la prédica de amor, de verdad, de libertad, de sabiduría o de belleza que trae como precioso regalo cada uno de ellos a sus contemporáneos. Veamos cuáles son los hombres que han enriquecido nuestra herencia espiritual; qué ideales de renovación han aportado; qué rutas desconocidas han descubierto; qué nuevos valores intelectuales legan a las generaciones que vienen detrás; en una palabra, qué tesoros de verdad o de ilusión han esparcido a su paso por el mundo. Traigamos a colación nombres propios.

V

José Enrique Rodó, apóstol del greco-latínismo

Profundo y diáfano, sereno y armonioso espíritu, Rodó es uno de los mejores frutos del árbol de la raza y uno de los maestros más ecuanimes y queridos de la juventud intelectual de América. Yo no vacilo en llamarlo nuestro Renán hispano-americano. El como su eximio émulo francés, pudo exclamar al final del viaje: "He esculpido mi vida como una obra de arte; la amo; la romperé como una copa". Pero aunque Rodó hubiese sido tan grande como Jesucristo, nuestra devoción y cariño por el insigne maestro no puede ser incondicional, ni la reverencia por sus ideas debe ser absoluta. Rodó ha sido un buen profesor de idealismo con sus hermosos y saludables ensayos de ética y estética, con que se propuso ennoblecernos espiritualmente exaltando el sentido generoso de la vida. El ha formulado en tres palabras el aforismo más sabio de la época: reformarse es vivir, igualmente aplicable al auto-mejoramiento del individuo y al mejoramiento colectivo de la sociedad. Rutina o renovación, muerte o vida, no hay otro dile-

ma. Es lo mismo que ha querido decirnos Gorki al escribir que no hay sino dos maneras de consumir la vida: quemarse o podrirse.

Pero a la vez que Rodó propaga tan hermosa filosofía, hay que convenir en que siembra los falsos idealismos de estériles frutos que ya profesábamos románticamente en América. Rodó se cuelga en sus escritos de dos ficciones románticas:

Nos habla, 1º, del «despertar del sentimiento de la raza» y 2º, del «despertar del sentimiento idealista de la vida entre las intelectuales del Continente». Lo primero, es puro platonismo literario, muy a propósito para los lobos sin pizca de sentimientos humanitarios que van a llorar con los personajes ficticios del teatro y el cine mientras le devoran las entrañas palpitantes al protagonista verdadero de nuestro cotidiano drama social, donde los individuos representamos generalmente uno de estos dos papeles: el de lobo o el de cordero, esto es, el de verdugo o el de víctima. Nuestra pobre raza «americana» está, como todos sabemos, por el suelo; el hambre, la anemia, la sífilis, el alcohol, la tuberculosis, son la hidra de cien cabezas que se están devorando sus mejores energías sin que ello preocupe y torture, en lo más mínimo, la conciencia de ninguno de nuestras «racistas» literarios, inclusive el gran Rodó. Consultando las estadísticas de Venezuela les he hecho a los estudiantes de Caracas la revelación tremenda, con el testimonio de las cifras oficiales, de cómo en aquel país mueren más niños de un día a diez años que en el total de las otras edades. ¡Y lo mismo pasará en la mitad de estas repúblicas! No hay tal raza, como se vé, lo que hay es una sub-raza que producirá no ya super-hombres ni siquiera hombres, sino sub-hombres, al paso que vamos. Dejémoslos de mentirnos a nosotros mismos y abramos de par en par los ojos y también un poco el corazón para ver la realidad en toda su crudeza. La raza criolla se ha convertido en la raza del servilismo y el ancentralismo sexual. De ella brotan los tiranos simiescos y los cortisanos rufianes, como floración venenosa. Tenemos sí, vaya si tenemos, un enorme problema de reconstrucción de la raza en América, pero eso no reza con los literatos; pertenece a la medicina, la higiene, la educación y la economía: es cuestión de pan, agua y jabón, escuelas y justicia para los miserables. El prejuicio de razas, es un prejuicio indigno de un pensamiento de la alteza espiritual de Rodó. Sostener y propagar la superioridad del latino americano sobre el anglo americano, es caer en teo-

rias semejantes a las del gobinismo, mandadas archivar por la ciencia antropológica. Es fomentar entre los sur americanos contra los americanos del Norte el mismo género de vanidad grotesca y boba que la que fomentara Gobineau entre los hombres de cráneo alargado contra los hombres de cráneo esférico. Rodó esteta no pudo comprender los valores intrínsecos del carácter y el espíritu sajón, y sin fundamentos histórico-comparativos, exajeró como todo literato los dones de la raza greco-latina. Su amor de la antigua Grecia, a la cual él llama con sin igual donaire «la sonrisa de la historia», y su temperamento de intelectual estático, sin caer en el olimpismo de nuestros megalómanos insignificantes, le impedía comprender que nuestro siglo es infinitamente más grande que el de Pericles y el del Renacimiento juntos, porque jamás hubo en la historia una agitación espiritual más honda, más rica, más universal que la que afiebra el alma de las actuales generaciones. Y su idealismo espiritualista se enfrenta, engañado por el prejuicio racial, con el idealismo materialista del yanqui. En «Ariel», se pronuncia contra las influencias mercantilistas del sajón del Norte. Nosotros — como es natural — somos Ariel, el verbo de los ideales; aquéllos, son Calibán, el oscuro genio de los instintos. Nosotros, los hermosos hijos de Apolo, los «idealistas»; ellos, los feos hijos de Mercurio, los «filisteos». Eso es verdad en Literatura. En los hechos es distinto: los filisteos somos nosotros y los idealistas verdaderos son los americanos del Norte. Si la acción es la piedra de toque de todos los valores, el poder de realización de los ideales, deberá ser, en lógica viva, la virtud intrínseca del idealismo verdadero.

Pues bien, ¿qué ideales profesamos nosotros? ¿En qué medida tratamos de realizarlos? El tío Samuel no es un empenachado romancero; repugna a su natural bonachón y optimista todo gesto teatral y todo palabrerío de relumbrón. Para él la poesía se llama acción y su virtud es la voluntad inmillable forjada en el trabajo asiduo. Viajando por los Estados Unidos, por todas partes nos topamos los sur americanos con la tangible, con la irrefutable lección del esfuerzo. El optimismo de aquellas gentes está en la acción. La inercia, la rutina es lo nuestro típico, así como la actividad, la innovación es lo yanqui. En qué estriba la enorme potencialidad económica y moral que han revelado poseer los Estados Unidos? En que todo es dinámico en su existencia social: educación, religión, polí-

tiá, arte, industria y ciencia. Qué suramericano de fortuna abre liberalmente su bolsa repleta para fundar escuelas, entre nosotros, que tanto amamos la raza y tanto entronizamos la cultura? Quiénes ponen a contribución su peculio, piadosamente, para sanear las regiones insalubres que diezman o degeneran nuestra querida raza criolla?

Sabéis cuánto invierten los hijos de Calibán en su instrucción pública? Mil millones de dólares. ¿Sabéis cuánto gastan reunidas, para el mismo fin, estas veinte repúblicas hijas de Ariel? Apenas la vigésima parte de dicha suma. He ahí el secreto de por qué el pueblo yanqui calza las botas de siete leguas en su progreso y por qué los pueblos de nuestra «gloriosa raza» avanzan a paso de tortuga. (1)

No nos sienta bien el orgullo de afidalgados caballeros y hablistas pulidos, cuando necesitamos que vengan los hijos de Calibán a lavarnos la cara, higienizar nuestra vivienda y ponernos limpios para que este mos sanos. ¿Qué otra cosa sino eso significa la actitud del Instituto Rockefeller votando cien millones de dólares para enviar expediciones técnicas encargadas de sanear las regiones palúdicas de Sur América? Olvidaba Rodó, entre otras cosas, que nuestra raza no ha producido todavía un Emerson, un Poe, un Walt-Withman, un Edison, un Lincoln. Olvidaba que en aquel país de mercaderes los únicos seres privilegiados son las mujeres y los niños, lo que no sucede en nuestra raza romántica de caballeros y trovadores. Y los que se han dejado influenciar por estos mismos prejuicios olvidan a su vez que aquellos formidables idealistas utilitaristas, en contraste con nuestros idealistas parasitistas, que llaman poesía a la acción y no al verbalismo retórico, han trazado el canal inter-oceánico que une

por vías directas a los países de ambos hemisferios, lección objetiva de energía que debiéramos tener siempre presente los suramericanos, para que nuestros esfuerzos sean prácticos y audaces. No es cuestión de razas, el progreso mental y material de los pueblos depende de la instrucción de hombres educados integralmente para la vida. Me parece mucho más hondo y sabio el pensamiento de Don Agustín Alvarez que el de Rodó sobre este respecto. Yo hago totalmente mías sus palabras: "Una raza no se mejora por su transformación étnica sino por su transformación mental."

En cuanto a la segunda ficción de Rodó sobre el despertar del sentido idealista de la vida entre los intelectuales de América, con lo que antecede dejo sentada esta afirmación: La América Española no tiene todavía ideales. Es una estereotipia del siglo XIX frente a la civilización madura de un siglo más avanzado. Si tuviéramos ideales tendríamos en gran número hombres de la estatura mental de los que produce Europa. Si tuviéramos ideales, tendríamos una civilización homogénea, típicamente suramericana, como los Estados Unidos tienen una civilización típicamente yanqui; tendríamos historia porque estaríamos ocupados en «hacer» la historia y no en «comentarla», vanagloriándonos de lo que hicieron nuestros abuelos y nuestros tatarabuelos. Si tuviéramos el sentido idealista de la vida, no les clavariamos las garras y los dientes en el cuello a los Mesías que nos traen un credo nuevo, ni combatiríamos con las persecuciones, la cárcel o el destierro al que profesa no ideas de ayer y antes de ayer, sino ideas de hoy, de mañana y de pasado mañana. No confundamos, por Dios, a los filisteos disfrazados de románticos con los idealistas verdaderos.

Nuestros idealistas suramericanos se acuestan con Don Quijote bajo la almohada, es verdad, pero también es verdad que se levantan con Gil Blas, para manejar al día siguiente los negocios públicos y privados.

(Continuará.)

(1) Yo no soy yanquifilo ni yanquífobo, porque he visto que la yanquilandia es el país espectacular de los grandes contrastes en que las cosas sublimes rivalizan con las cosas brutales, en que la estatua de la libertad, verbí gracia, se da la mano con la ley de Lynch. Pero con todo eso, es allí y no en la América del Cid, donde nos topamos con la psicología definida de un pueblo macho que tiene por evangelio la acción, no la contemplación.



Figuras del Proscenio

IMPRESIONES TOMADAS DEL MAGAZINE AMERICANO "CURRENT OPINION"

De Valera: El héroe de Sinn Fein

UNA de las más relumbrantes personalidades de estos revueltos tiempos es, sin duda alguna, la del gran caudillo irlandés Eamonn de Valera. Periódico tan sesudo como el «London News» le reconoce los atributos del genio, por más que le considere, por sus ideas exaltadas, como un genio extraviado. Y en el «Manchester Guardian» leemos que en cualquiera otro país del mundo que no fuese Irlanda De Valera sería considerado con derecho a las más altas posiciones por sus maravillosas dotes de estadista moderno.

Que qué ha hecho De Valera? Pues ha hecho milagros. De un puñado de irlandeses dispersos y oscuros ha organizado una sociedad revolucionaria que, no en años, sino en días, se convirtió en el partido político dominante en Irlanda. Dió al traste con las atrincheradas jefaturas de los Redmonds, los Dillons, los O'Briens y los Devlins, todos combinados contra él, y ha revolucionado la actitud de los dignatarios de la Iglesia Católica, convirtiéndolos de enemigos en amigos. Resultados de esta clase, como asegura el «Manchester Guardian», no están nunca al alcance de medioeridades, y aun los mismos periódicos ingleses que en un principio hablaban de De Valera como de un intruso que no venía de ninguna parte ni representaba a nadie, ahora se inclinan a conceder que, por muy humillante que ello sea para los políticos de Londres, De Valera ha puesto con ventaja sus talentos en frente de los talentos del gran Lloyd George, por no decir nada de lo insignificante que en comparación con él ha resultado Sir Edward Carson.

Aunque todo lo que se relaciona con la carrera y el nombre mismo de De Valera Lloyd George, por no decir nada de lo insignificante que en comparación con él ha España, casado con una señorita irlandesa

que llegó a ser la madre del héroe de Sinn Fein.

El niño recibió el nombre de Edmundo en la pila bautismal, no Eamonn como ahora se le llama. Aprendió a hablar el inglés en América, cuando ya tenía unos 6 años, pues en su casa no se hablaba más idioma que el español. En Irlanda aprendió a montar como un centauro y a nadar y cazar. Se educó en la escuela pública. Su madre despreció el inglés durante toda su vida, pues siempre fue apasionadamente irlandesa, y el niño demostró una tendencia muy pronunciada desde temprano a jugar con soldaditos de plomo. Su genio matemático, el más asombroso de sus atributos, se manifestó cuando sólo tenía 17 años, revelando en este tiempo gran deseo de llegar a ser un astrónomo. Su manía consistía en aplicar fórmulas matemáticas a todos los problemas concebibles. Cuando se presentó a examen para obtener su primer grado, asombró al tribunal examinador con abstrusas disertaciones sobre el peso de los planetas, donde no fue posible sorprender ningún error. En un período de la historia más sereno, dice un escritor de Londres que le ha tratado bien, De Valera hubiera llegado a ser un Newton, arrebatándole a la mecánica universal nuevos descubrimientos. En una época parece que pensó dedicarse a la carrera militar, para la cual ha demostrado también sobresalientes aptitudes.

Su risa sonora, sus hazañas de atleta, inesperadas en una persona de su aspecto romántico, y la relampagueante rapidez de su ademán, en nada revelan al sobrio y certero calculador y manejador de números que hay en él.

Su valor extraordinario ha sido puesto a prueba en multitud de circunstancias difíciles. Una vez oyó con perfecta calma la lectura de su propia sentencia de muerte, acariciando al mismo tiempo el libro de las confesiones de San Agustín, que llevaba debajo del brazo. Y con la misma impasi-

bilidad recibió luego de sus carceleros la noticia de la suspensión de la sentencia. Esto no significa que sea frío o indiferente, al contrario, es un sensitivo que tiene un gran dominio sobre sí mismo. Su temperamento nervioso se revela al hablar. Se cree que es el más brillante orador conocido en todo el Imperio británico. Todo en él, hasta la sobria gallardía de su figura, tiende a hacerle interesante. En su oratoria hay de todos los géneros de elocuencia: el sarcasmo oportuno e hiriente, la anécdota, el período relumbrante, el arrebatado exaltado del patriota. Jamás declama. Su palabra es espontánea y sencilla, pero salpicada de puntos de fuego. Tiene en la tribuna una actitud que se diría trágica. Unas veces con los brazos sobre el pecho o en la espalda en ademán reposado y otras veces agitándolos nerviosamente en el aire en los momentos decisivos, siempre da la impresión, según los relatos de los reporters de Londres, de que son ellos, los brazos, sus más certeros instrumentos para transmitir emoción al auditorio. A veces su voz es ronca, pero nunca fatiga y tiene momentos de verdadero frenesí oratorio que se dirían incompatibles con un frío y calculador geómetra. Hay ocasiones en que parece difuso y hasta incoherente y extraviado y un minuto después se torna sobrio, mesurado, contenido, mientras narra algún nuevo ejemplo de la estupidez inglesa. Su acusación máxima contra Inglaterra es, según el «London World», el de la estupidez. Hay momentos en que De Valera va tan lejos que asegura que Inglaterra no es en realidad mala, sino sencillamente estúpida. Y a renglón seguido saca a relucir multitud de anécdotas que demuestran el aserto, desde el punto de vista irlandés; y lo más curioso de todo es que pocas personas hay tan populares entre los ingleses de Irlanda que este De Valera que los llama estúpidos constantemente. Y es que en sus alusiones a Inglaterra, aunque sarcástico, nunca llega a ser tan virulento como otros tribunos irlandeses.

“Los ingleses”—dijo en una ocasión— “no son como los Borbones, que nunca aprendían nada y que nunca olvidaban nada. Los ingleses aprenden muchas cosas, pero nunca saben aplicar lo que aprenden. Cuando un alemán aprende algo, procede a aplicar sus conocimientos; pero un inglés deja que lo aprendido se acumule en su cabeza hasta volverse piedra”. Y una de las pruebas, según De Valera, de la incompetencia de los ingleses, está en Irlanda misma, “un país muy fácilmente gobernado, habitado por gentes respetuosas de los go-

biernos fuertes e inteligentemente administrados”. Y en Dublin hizo reír mucho a la concurrencia con la predicción de que cuando los ingleses le condenen a muerte “llegarán, en su estupidez, a impartirle, innecesariamente, al acto un carácter sanguinario”.

Pero lo más sorprendente, lo más novelesco en la accidentada vida de este héroe irlandés de sangre española, es su reciente fuga de Lincoln Prison, la cárcel donde estaba sufriendo condena a consecuencia de su participación activa en la revolución irlandesa que todos conocemos por los partes cablegráficos. Esta fuga tuvo lugar el día 3 de Febrero de este año y es un episodio que parece arrancado de las páginas de Alejandro Dumas. De Valera había sido arrestado, cerca de su casa en Greystone, y reducido a prisión con otros doce de sus compañeros. Y a causa de su importancia, el reo era vigilado de la manera más estricta. Ni parientes ni amigos podían visitarle y todas sus cartas eran sometidas a la más severa censura.

Después de las elecciones generales, el primer mitin de los miembros republicanos del Parlamento irlandés se celebró en Enero 7 y otro mitin una semana después. De éstos surgió el nombramiento de un Comité para encargarse de las gestiones conducentes a la libertad de De Valera y sus compañeros. El comité escogió un grupo de hombres para esta empresa cuyo valor a toda prueba respondía de que en caso de disparos no había que temer timidez de su parte. Lo primero era inspeccionar los alrededores de la prisión y descubrir las posibilidades de un golpe de fuerza. La prisión quedaba en una parte desierta del pueblo y en la parte de atrás había un pequeño espacio donde se permitía a los reos hacer ejercicio bajo la custodia de los centinelas. La prisión estaba rodeada de alambradas de púa y era tal el lujo de precauciones que el Comité resolvió que sería insensato tratar de entrar por la fuerza con riesgo de muchas vidas y la casi segura muerte de De Valera.

Lo más urgente entonces era comunicarse con De Valera. Uno de los partidarios buscó trabajo en un jardín de los muchos que había cerca del edificio de la prisión. Una vez allí logró comunicarse con De Valera, cantando coplas en el dialecto irlandés en las cuales el jardinero le advertía a su leader que se estaba tramando su fuga. Varios días después el mismo jardinero, en una balada tiernísima, le hacía saber a De Valera que la parte posterior del edificio

ofrecía mejores condiciones para la intención y le pedía que sacase una impresión de la llave de las puertas. Se obtuvo la impresión, y se le lanzó a los pies del cantor envuelta en un papel y amarrada de una piedra.

Mientras esto sucedía, cuatro individuos se habían escapado de otra prisión, lo que dió motivo a que la vigilancia se acrecentara extraordinariamente. Lo que dificultaba más la fuga era el pelotón de centinelas colocado en la parte de atrás del edificio.

Por fin se acordó poner un telegrama a Dublin llamando a dos señoritas muy bellas, ambas de muy esmerada cultura universitaria, las cuales vinieron disfrazadas de dependientes e inmediatamente comenzaron a flirtear con los soldados y en un santiamén se hicieron amigas de los centinelas.

Poco después se le informaba a De Valera en carta ingeniosamente cifrada que se había señalado el día 3 de Febrero para su fuga y se le advertía de las medidas principales adoptadas. La clave para esta carta había sido de antemano, en previsión de un encarcelamiento, convenida con De Valera. Llegó la víspera del 3 de Febrero, y cuatro grandes vagones atestados de irlandeses aparecieron en los alrededores de la prisión, donde comenzaron a maniobrar en forma sospechosa para atraer hacia ellos la atención de la policía. A eso de las 4 de la tarde los reos fueron traídos al patio para hacer su acostumbrado ejercicio y allí permanecieron 3 horas paseando de un lado para otro hasta volver a ser encerrados por la noche. Pero, mientras esto sucedía, las muchachas disfrazadas aparecieron en escena poco después de las 4 y coquetearon con los centinelas tan astutamente que los separaron de una manera considerable de la prisión. Entonces dos de los conspiradores cortaron rápidamente el alambre y se abrieron paso hasta el edificio. Finalmente, no bien dadas las 5, De Valera, con otros dos reos nombrados Me Garry and Milroy, llegó andando como si paseara hasta el portón de salida. Sus amigos de fuera se deslizaron a gatas y con la llave falsa que tenían preparada lograron abrir, en tanto que los centinelas continuaban embobados en su sabroso coqueteo con las muchachas. Un automóvil que estaba esperando partió como una flecha para Londres con De Valera y sus compañeros, en tanto que la policía daba caza a los irlandeses que atestaban los 4 carros sospechosos de que antes hemos hablado.

Este relato fue hecho a la Prensa Asociada por el prominente irlandés Sean O'Cealligh, encargado de gestionar en

las Conferencias de la Paz el reconocimiento del "Gobierno Provisional de la República de Irlanda".

Sonnino: El estadista más adusto de las Conferencia de la Paz

Aunque el Barón Sydney Sonnino fue en su tiempo director de un periódico y esta profesión del periodismo no induce mucho al silencio, se le considera hoy como uno de los raros ejemplares de hombres reservados que todavía quedan. El Barón domina cinco lenguas—la italiana, la inglesa, la francesa, la española y la alemana—pero no le gusta hablar en ninguna de ellas. Hace poco los periódicos americanos publicaban cables relatando la impresión que le hizo Sonnino al Presidente Wilson. Mientras el italiano exponía las reclamaciones de su país, el americano escuchaba en silencio y al final replicó: "Es muy triste, Barón, que no le podamos dar New York también, pues hay allí muchos italianos".

Sonnino, según el periódico de Londres «Outlook», sólo tiene dos pasiones, a las cuales ha consagrado su vida desde que era muchacho: Italia y los libros. La madre del estadista italiano era inglesa y esto explica el exterior rígido y el continente de fría reserva que le distinguen. Sus autores predilectos son Dante y Petrarca y se ofendería mucho con quien le pusiera a Shakespeare sobre el Dante. Se interesa mucho en cosas como las excavaciones de Pompeya y Creta, en el hombre prehistórico y en las civilizaciones que hubo en el continente americano y la fabulosa Atlántida. Adora la música de Verdi y trata de mantenerse al día en todo lo que se relaciona con el arte musical. Por esto se le ha considerado siempre en Italia como un gran diletanti. Posee en la Toscana una suntuosa quinta llamada "Romito".

Su fama en Roma se basa en sus conocimientos de la ciencia económica. A nadie se oye con más respeto en la Cámara que a él cuando se trata de estas materias. Pero, en general, no es hombre de popularidad. Carece de la afabilidad que siempre distinguió a los políticos italianos y no tolera fácilmente discusiones y contradicciones. Cuando se le toca en lo vivo del orgullo, suele revolverse y disparar las más punzantes frases. Parece que en realidad tiene bien conquistada su reputación como el primer financiero de Europa, pues a él se debe la rebaja del interés sobre la considerable deuda nacional italiana. Cuando se hizo cargo del Tesoro, Italia no tenía facilidades en Londres para contratar empréstitos, pero él em-

pezó a repartir contribuciones a diestro y siniestro, redujo los sueldos oficiales, suprimió empleados y tomó tales terribles medidas que levantó el crédito nacional y se conquistó el odio cordial de todos los políticos. Aún antes de la declaración de guerra por parte de Italia, Sonnino se lamentaba de la tendencia de los italianos a gastar en carbón y carne. Una vez manifestó en la Cámara: "Yo nunca pensaría en tener fuego en mi dormitorio; nuestros inviernos italianos son demasiado bellos para echarlos a perder de esa manera". Otra vez, cuando una comisión siciliana fue a quejarse de la falta de provisiones a consecuencia de la guerra, Sonnino replicó en su manera lacónica que él mismo no había probado carne por una semana.

Sonnino fue dos veces Presidente del Consejo de Ministros y ambas veces el ministerio cayó por su resistencia a toda clase de componendas y transacciones. Su manera de recibir comisiones es muy peculiar. No le deja perder un minuto, pues las interrumpe constantemente con observaciones tales como "no necesita usted seguir adelante", o "terminó usted?" La última vez que presidió un ministerio, un grupo de comisionados salió de su despacho furioso, enseñándole los puños y denunciándole como un monstruo de indiferencia para los sufrimientos del pobre. Pero, en realidad, dice el periódico de Londres ya citado, lo que le pasa a Sonnino es que no sabe de amabilidades agradables, siendo incapaz de ceder, sino sólo en circunstancias extraordinarias. El Príncipe von Bülow, que tuvo muchos altercados con él durante la guerra, declaró en Berlín que Sonnino le hacía la impresión de una concha de ostra. Se le acusa también a Sonnino de que está siempre dispuesto a desdeñar la opinión de todo el que no piensa como él.

Aunque ha sido diplomático de éxito, como lo prueba el hecho de haberse elevado desde simple secretario de Legación hasta el rango de ministro de Relaciones Exteriores, es evidente que carece de las dotes que ordinariamente se consideran como inseparables del diplomático. Sin embargo, entre

teras del país. Más de un autor italiano le debe el haber salido del limbo de la obscuridad. Al mismo Ferrero, fue él quien lo alentó en sus estudios clásicos, influyendo mucho en su ánimo para que escribiera la historia de la antigua Roma. Aunque él mismo no fué nunca un escritor de genio, se reveló como un gran director de periódico por su acierto en apreciar lo bueno de otros autores; y nunca consintió que ningún escritor novel de porvenir sucumbiese por falta de ayuda.

En resumen, bajo el exterior frío de este hombre parece ocultarse un temperamento generoso, no sólo por su solidaridad con los hombres de mérito obscurecidos, sino también por su conducta con los menesterosos durante la guerra, siendo de notar que, aunque era rico cuando entró al servicio de su país, hoy es, prácticamente, un pobre. Los socialistas italianos, sin embargo, no le profesan a Sonnino un afecto muy marcado, pues lo consideran como un tonto, como un tipo de estadista miope, reliquia de la obscura edad del capitalismo.

Radek: El agente y conspirador del bolsheviquismo en el exterior

Si existe hoy en el mundo un hombre del cual pueda afirmarse que supera en color e inverosimilitud a las más extravagantes creaciones del cinematógrafo detectivesco, este hombre es Radek, la mano derecha de Lenin y Trotzky.

Encargado de difundir la idea revolucionaria rusa en los principales países de Europa, Radek ha ido de un lado para otro disfrazado de tantas maneras y burlando tan ingeniosamente la persecución de la policía mejor organizada de Europa, que ni siquiera en el mundo de la ficción novelesca sería fácil encontrar quien le superase en la agilidad, ingenio, excentricidad y atrevimiento de sus varias empresas. Los mismos periodistas franceses se han quejado varias veces

telectuales de Varsovia con una serie de críticas brillantes de las obras maestras exhibidas en la gran galería de pintura de Varsovia, deteniéndose especialmente en los cuadros de la escuela flamenco. En estos ensayos críticos exponía a veces opiniones tan radicales, que empezó a perseguírsele y finalmente se le expulsó del país, obligándole a abandonar su carrera universitaria.

Sobelsohn, que éste era su nombre en aquella época, se retiró a la casa paterna en Galicia y desde allí se comunicaba con el grupo revolucionario de Moscow, entonces acaudillado por el joven Ulianoff, ahora Lenin, cuyo hermano Sergio acababa de ser condenado a muerte y ejecutado como conspirador contra el Zar.

Para muchos, la caída de Kerensky fue tramada y llevada a cabo por Radek. Se dice que hay un misterio al rededor de Kerensky y Radek, pero es cosa que la historia no ha puesto en claro aún.

Bajo la protección de Lenin, Radek se estableció antes de la revolución en Moscow y dormía en un sótano cerca de la estación de Saratoff, donde escribía manifiestos revolucionarios en alemán y en polaco que eran en seguida traducidos al ruso y profusamente diseminados entre los obreros de las fábricas. Parece que Radek no domina todavía la lengua rusa, la que habla rápidamente, pero con un acento muy pronunciado. La lengua en que se expresa mejor es la alemana.

Por algún tiempo Radek concurrió a algunas clases en la Universidad de Moscow hasta que la policía se informó de sus hechos en Varsovia y comenzó a perseguirlo. Entonces se refugió en otro sótano y continuó escribiendo folletos de la misma índole con los datos que le iba suministrando Lenin acerca de la situación agrícola. Estos folletos tuvieron un éxito enorme, no solamente entre los obreros de las ciudades grandes, sino también entre los labriegos repartidos en las grandes haciendas rusas. Era la primera vez que una propaganda de esta clase llegaba hasta el corazón mismo de las masas, pues toda la Rusia europea estaba inundada de esta

literatura clandestina. La policía, por supuesto, se dió cuenta muy pronto de que una fuerte propaganda subversiva estaba saliendo de alguna parte, pero el genio de Radek combinó medios tan maravillosos de escondate, de disfraces y de evasiones, que no fue posible destruir la propaganda, y cuando la persecución se hizo demasiado fuerte, el trío compuesto de Lenin, Trotzky y Radek, pudo escapar ileso hacia Suiza. Trotzky, al parecer, les precedió en la fuga, trasladándose desde una cárcel de Siberia a París, donde sus artículos revolucionarios pronto pusieron a la policía en movimiento. Radek llegó sano y salvo a Berne, donde en seguida comenzó a publicar el periódico «Tagwache», con la consiguiente alarma de las autoridades suizas. Fue en este tiempo que Lenin consintió en morir de momento, como único medio de salvarse de la policía. Un judío alemán llamado Apfelbaum hizo las veces de cadáver, en tanto que Radek representó a las mil maravillas el papel de amigo afligido y le pagó con lujo al sepulturero. Todavía hay muchos en Suiza que siguen creyendo que el verdadero Lenin está enterrado en un cementerio de Berne.

Lenin y Radek vivían en Suiza, en un barrio apartado de la ciudad de Berne y en las condiciones más modestas. La habitación de Lenin sólo constaba de un cuartito, amueblado con una cama, una mesa grande y una palangana colocada sobre una caja de jabón. A pesar de esta modestia, se las manejaban de tal modo que mantenían un periódico circulando constantemente en las trincheras rusas y alemanas. La esposa de Radek posee el título de Doctora en Medicina y en 1915 estaba a cargo de un hospital militar en Berlín, pero a causa de la propaganda revolucionaria que no perdía ocasión de hacer entre sus enfermos, fue reducida a prisión por las autoridades alemanas. Permaneció en la cárcel cinco semanas, pero la influencia del conocido leader socialista Herr Haase logró que la pusieran en libertad, desterrándosela a Austria, de donde partió para Suiza. Esta mujer es graciosa, elegante y de una gran belleza física.

